

MAXIMILIANO ORIOLI

LOS PARTICIPANTES

UN REALITY SHOW NO TELEVISADO

(Y OTRAS HISTORIAS)

2



1941

S.A.D.E.

Maximiliano Orioli

Los participantes

Un reality show no televisado

(y otras historias)

2

3

Orioli, Maximiliano

Los participantes : un reality show no televisado : y otras historias :
2 / Maximiliano Orioli. - 1a ed. - Remedios de Escalada : 1941, 2022.
Memoria USB, PDF

ISBN 978-987-48440-2-6

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Cuentos. I. Título.
CDD A863

Edición original (libro físico): Diciembre de 2014

Protegido por el Centro de Administración de Derechos Reprográficos
de la Republica Argentina. (www.cadra.org.ar)

Contacto con el autor: maximiliano_orioli@live.com.ar
www.maximilianoorioli.wordpress.com
www.maximilianoorioli.wix.com/sade

Diseño de tapa: Beatriz Lacroix y 1941
Corrección: María Florencia Taboada y Matías Orta
Diseño de interiores: 1941

Maximiliano Orioli

Los participantes

Un reality show no televisado

(y otras historias)

2

1941

5

Este libro está dedicado a los escritores comerciales que usan la literatura y el arte como un negocio, y a los escritores e intelectuales dogmáticos que solo reconocen a un transgresor cuando está muerto.

Maximiliano Orioli

Centro cultural nazi

Esc. 1 Int. Noche. Departamento 1.

MARIANO, un joven de veintiséis años, está sentado frente a la computadora, casi sin pestañar, navegando por la Internet. Parece sentir una sensación profunda de aburrimiento pero al mismo tiempo no puede sacar los ojos del monitor ni levantarse. Parece conservar un hilo de esperanza por algo que a la vez ya sabe que no llegará. En un determinado momento, ingresa a YouTube. Allí escribe en el buscador el nombre: Paloma Dosowitz. Aparece un video con fecha de hace seis meses. Hace clic allí y amplía la pantalla. En el video se la ve a una joven de su edad, está con una remera, unas calzas que no llegan hasta los pies y descalza. Parece decirle algunas palabras al hombre que la filma. Se muestra algo incómoda pero a la vez con ganas de hacer lo que va a hacer. Comienza a cantar una canción infantil.

Si te sientes muy feliz aplaude así
Si te sientes muy feliz aplaude así
Si le pones corazón y se da la ocasión
No te quedes con las ganas de aplaudir así

Mientras canta, se ruboriza pero sigue adelante, parece un poco vergonzosa pero eso queda de lado por la voz y expresión dulce que tiene. A la vez mueve los brazos y aplaude según el paso que se hace con la canción. Cuando termina, se ve un movimiento de cámara algo brusco y eso da fin al video. MARIANO continúa mirando, pero en ese momento empieza a ruborizarse él y su respiración parece agitarse un poco más. Cierra YouTube y se queda mirando el monitor con la mirada perdida.

Esc. 2 Int. Noche. Edificio.

MARIANO sube unas escaleras y llega al primer piso de un edificio. Se detiene allí, intenta recuperarse y, al mismo tiempo, darse ánimos. Camina directo hasta la puerta del fondo y toca el timbre.

PALOMA (*en off*)

¿Quién es?

MARIANO

Soy yo.

PALOMA (*en off*)

¿Quién?

MARIANO

Yo, Mariano.

Se abre un poco la puerta y se la ve a PALOMA algo fastidiada.

PALOMA

¿Qué querés?

MARIANO

Nada, quería hablar con vos.

PALOMA

¿Otra vez? Ya hablamos todo lo que teníamos que hablar.

MARIANO

¿Me dejás pasar?

PALOMA

No, Mariano. Decime que querés.

MARIANO

Nada, que todo este tiempo que estuvimos separados... se me hizo muy difícil y... no sé, me cuesta muchísimo estar sin vos.

PALOMA

No, Mariano. Ya no hay vuelta atrás. Ya te lo había dicho el otro día.

MARIANO

Sí, pero es que me duele pensar que me dejaste de querer...
y la cabeza me sigue carcomiendo pensando en qué fue lo
que hice para que pasara eso.

PALOMA

No hiciste nada.

MARIANO

Sí, para que pasaras de decirme que me amabas a que ese
amor desapareciera...

PALOMA

No hiciste nada. Pasa siempre eso, el amor se muere. Pasa
todo el tiempo.

MARIANO

Está bien, yo lo acepto eso, pero me hace mierda que me
vengas tratando como a un desconocido.

PALOMA

No te trato como a un desconocido.

MARIANO

Sí, cómo que no. No entiendo, parece que lo nuestro no
hubiera existido, soy yo... Mariano.

PALOMA no dice nada.

MARIANO

¿Conociste a alguien?

PALOMA

¿Qué te importa?

MARIANO

No, te pregunto...

PALOMA

Bueno... Yo no te tengo que decir nada de lo que esté
haciendo.

MARIANO

No, está bien...

PALOMA

Ya está Mariano, ya lo habíamos hablado, no hay vuelta
atrás. ¿Sí?

Tras decir esto, PALOMA cierra la puerta. MARIANO, sin poder evitar la expresión de vergüenza, se da vuelta y vuelve caminando por donde vino. Baja la escalera, camina por el hall, saca la llave de su bolsillo y abre la puerta. Allí, junto a un árbol ubicado al lado del cordón, hay dos hombres de aspecto algo robusto que parecen hablar entre ellos, pero que cuando ven pasar a MARIANO lo siguen disimuladamente con la mirada.

Esc. 3 Int. Noche. Departamento 2.

En el interior de un comedor, se la ve a PALOMA con ropa de entre casa, usando una remera manga corta y un pantalón corto, parada a unos metros del televisor viendo un canal de noticias, con el control remoto en la mano. Algunos segundos después se acerca IGNACIO, un joven de casi treinta años, sacándose la campera, todavía conserva la ropa de trabajo. PALOMA apaga el televisor, deja el control remoto a un lado y se acerca a él.

IGNACIO

¿Y? ¿Ya confirmaron algo?

PALOMA

Parece que sí, y parece que va a ser un paro nacional. Él la toma de la cintura, ella pone los brazos arriba de sus hombros y se dan un beso en la boca.

IGNACIO

Había escuchado que para esa fecha estaba anunciado tormenta todo el día.

PALOMA hace una estrecha risa.

PALOMA

Y sí, está todo pensado de antemano.

Ambos se sientan en el sofá. Él intenta relajarse, ella se sienta de costado viendo hacia él.

PALOMA

¿Y a vos qué te dijeron en la oficina? ¿Se adhieren al paro?

IGNACIO

Está como dividido, algunos piensan que tienen que hacerlo, otro que no, pero los que piensan que no, saben que no va a poder ser, por lo que pasó el paro anterior, corrés peligro de un montón de cosas. Pero se van a terminar adhiriendo por el tema de que no hay transporte público.

PALOMA

Sí, totalmente, ese es el tema.

Finalmente, IGNACIO también se pone de costado mirando hacia ella y le da un beso, luego toma sus piernas, las levanta, PALOMA acompaña el movimiento. Finalmente ella queda con la espalda apoyada en el brazo del sofá con las piernas extendidas arriba de cada hombro de IGNACIO. PALOMA lo mira con su típica sonrisa limitada por la timidez.

IGNACIO

Yo por mi parte espero que se adhieran. Así puedo estar todo el día con vos acá.

PALOMA hace otra estrecha risa sin perder la timidez.

PALOMA

Y yo puedo estar todo el día con vos acá.

IGNACIO

No importa lo que esté pasando afuera, ni todo el quilombo que haya.

PALOMA

¿Viste que tienen su lado positivo las cosas que pasan en este país?

IGNACIO (*Riéndose*)

Sí, totalmente.

En ese instante, comienzan a escucharse voces masculinas provenientes del pasillo del edificio. No es progresivamente sino de golpe. Ambos se miran sorprendidos. Las voces parecen enojadas y llevando a cabo una discusión intensa.

PALOMA baja las piernas de los hombros de IGNACIO y se levantan acercándose a la puerta. Allí escuchan junto con las voces un sonido que parece ser una lata de aerosol siendo rociada en algún lado. Cuando finalmente termina ese sonido, las voces parecen irse a gran velocidad. IGNACIO la mira a PALOMA que está concentrada en el sonido. Más allá de que las personas parecen haberse ido, ella continúa esperando. Segundos después, PALOMA lo mira a IGNACIO y se dirige hacia a la puerta, él la sigue. Cuando abre, no se ve a nadie en el pasillo pero ve del otro lado de su puerta una inmensa estrella de David pintada con aerosol naranja.

PALOMA (Con angustia y furia)

Qué hijos de puta.

IGNACIO se muestra confundido y la mira cómo pidiéndole alguna explicación. Vuelven adentro, ella cierra la puerta.

PALOMA

Esto se lo hicieron el otro día a una familia judía de otro piso.

IGNACIO

*¿Me estás hablando en serio? ¿Por qué no me dijiste nada?
¿Cuánto hace de esto?*

PALOMA

Nada. La semana pasada me dijeron en la farmacia que en el último mes se habían visto mucho por el barrio peleas de Skinheads a la noche y que parecía que un grupo se había instalado por la zona. No le di importancia, y el otro día, cuando me enteré lo de la familia ésta,... me preocupé pero me dijeron que los habían agarrado a los que lo habían hecho, entonces me quedé tranquila y creí que no iba a pasar de eso, de una simple muestra más de antisemitismo.

IGNACIO

Tenemos que hacer la denuncia urgente.

PALOMA asiente con la cabeza, con una expresión de gran furia reprimida y, al mismo tiempo, con algunas lágrimas que invaden sus ojos.

Esc. 4 Ext. Noche. Vía pública.

Por una avenida ya no muy poblada, debido a la hora, se lo ve caminar a MARIANO. Parece estar distraído por algo y no le presta mucha atención al afuera. Llegando a una esquina, dobla y se mete por una calle aún más despoblada. Pasando apenas la mitad de cuadra, cruzan desde la vereda de enfrente, y en dirección hacia él, los dos hombres robustos que lo habían seguido con la mirada cuando salió del edificio donde vive PALOMA. MARIANO repara en ellos cuando ya los tiene a muy corta distancia y puede ver en sus rostros que vienen a hablarle a él, se detiene algo asustado, los dos hombres lo acorralan contra la pared y uno de ellos saca un cuchillo que pone en la espalda de MARIANO.

HOMBRE

Quedate callado, la concha de tu madre, y vení con nosotros. MARIANO obedece sin dudar, los tres cruzan la calle y se meten en un Chevrolet muy antiguo, y de los más largos, que inmediatamente arranca y sale del lugar.

Esc. 5 Int. Día. Farmacia.

Dentro de un local amplio puede verse a tres personas atendiendo: a PALOMA, a una mujer de su edad y a un hombre de su edad. Cuando finalmente se retira el último cliente, PALOMA se sienta cansada.

MUJER

Alo, te tenemos que felicitar. La verdad que fue un mérito increíble.

PALOMA

¿Qué cosa?

MUJER

¿Qué? ¿No te enteraste?

PALOMA

¿De qué?

MUJER (*Sorprendida*)

¿No te enteraste?

PALOMA (*Ansiosa*)

Ay ¿de qué, boluda?

MUJER

Agarraron a los skinheads que paraban en el barrio.

PALOMA

Me estás jodiendo.

HOMBRE

Nos dijeron ayer los de la comisaría.

MUJER

Sí, los tipos manejaban un centro cultural under, y estaban parando ahí. Estaba lleno de pinturas con símbolos nazis, retratos de Hitler, no sé cuantas cosas... Les clausuraron el lugar y parece que se fueron.

PALOMA da un suspiro de alivio.

PALOMA

Ay no me digas.

MUJER

Sí, pensé que te habías enterado.

PALOMA

No, te juro que no. Qué alivio que me da escucharlo, no te das una idea.

MUJER

Y bueno, vos lo conseguiste. No te quedaste con los brazos cruzados e hiciste la denuncia. Es un mérito increíble.

PALOMA le sonrío con expresión de agradecimiento.

Esc. 6 Int. Noche. Departamento 2.

Dentro del comedor, podemos ver a PALOMA, aún con ropa de trabajo, hablando por el teléfono inalámbrico.

PALOMA

Sí, cada tanto pasa eso en la farmacia, parece que viniera todo el barrio. Así que, como ves... agotada. Pero con una noticia que me alegró el día...

Del otro lado del teléfono se ve a IGNACIO caminando por la calle.

IGNACIO

¿Ah, sí? ¿Qué cosa?

PALOMA

Lo conseguimos. Agarraron a los skinheads que paraban en el barrio...

IGNACIO

¡¿En serio?! No lo puedo creer.

PALOMA

Sí, yo tampoco cuando me lo dijeron. Estaban manejando un centro cultural under y paraban ahí. Y dice que había pinturas con símbolos nazis, retratos de Hitler, no sé qué. Se lo cerraron y parece que se fueron.

IGNACIO

¡Qué bueno! Se ve que los tipos se pusieron las pilas y laburaron en serio.

PALOMA

¡Sí! Totalmente. No tenés idea del alivio que siento.

IGNACIO

Y sí, todo el barrio. Alo, te voy dejando porque acabo de volver a la oficina. A la noche hablamos.

PALOMA

Dale, a la noche hablamos, besitos.

IGNACIO

Chau.

PALOMA corta la comunicación, deja el inalámbrico sobre la mesa junto a algunos sobres recibidos y se mete en el baño. Se escucha en off el sonido de la ducha que se

abre. Un paneo de la cámara nos lleva a ver un plano detalle del reloj de pared que hace una elipsis de diez minutos. Nuevamente el paneo nos lleva a la puerta del baño. Ésta se abre, y de allí sale PALOMA con el pelo mojado y suelto, usando una bata blanca de toalla. Se acerca a la mesa y empieza a ver los sobres, todos los cuales contienen facturas de servicios en su interior. Segundos después, comienzan a escucharse voces masculinas provenientes del pasillo del edificio, las mismas voces que escucharon aquella vez que encontraron la estrella de David con aerosol en la puerta. PALOMA se paraliza sorprendida y confusa, pero esta vez a las voces no se les suma el sonido de un aerosol siendo rociado sino el de fuertes y secos golpes a la puerta. PALOMA deja los sobres en la mesa y se acerca, los golpes tienen un componente más agudo, como si también le estuvieran pegando a la cerradura. En medio de una desesperación silenciosa, PALOMA vuelve al comedor, agarra el inalámbrico, los ruidos se hacen cada vez más fuertes y más cercanos. Vuelve a dejar el aparato y camina nuevamente a la puerta. El ruido se siente como si ya no hubiera puerta de por medio. Se queda unos segundos y vuelve al comedor, ahí escucha que la puerta se abre y vuelve hacia allá. Automáticamente ingresan los dos hombres robustos que habían secuestrado a MARIANO. Uno de ellos cierra la puerta y el otro agarra a PALOMA de un brazo llevándola al comedor, ella camina entrada en pánico sin ofrecer resistencia. El otro hombre va tras ellos. El primero detiene a PALOMA junto a la mesa, todo esto lo realiza prolijamente y con gran velocidad. El otro hombre saca una soga de su mochila y la arroja hacia arriba dejándola colgada de una viga bajo el techo. Tras esta acción, saca de la mochila un gancho de carnicero de gran tamaño, pasa un extremo de la soga por el agujero que

hay en la base y hace un fuerte nudo. Sin dejar pasar tiempo, su compañero levanta a PALOMA y la hunde en la punta del gancho puesto entre sus piernas, tomándole las mismas y haciendo fuerza hacia abajo hasta que finalmente ella deja de resistirse. Una vez terminado el trabajo, se retiran por donde vinieron.

Dos semanas después.

Esc. 7 Int. Noche. Departamento 2.

IGNACIO ingresa al departamento. Su rostro no expresa mucho. Cierra la puerta y camina lentamente al comedor. En el mismo pasa por el mueble al que solo le queda, dentro de uno de los estantes, un portarretratos que aún no se habían llevado. Éste muestra una foto de Paloma sentada en el sofá de frente a la cámara con las piernas cruzadas y con la cabeza apoyada en su puño, con su clásica sonrisa limitada por la timidez. Tenía un vestido celeste que le llegaba a las rodillas y zapatos de taco, abiertos. Sin reparar mucho en el lugar, se sienta en la computadora, la prende e ingresa a la casilla de mails de PALOMA, la cual ella tenía programada para entrar sin poner la contraseña. En la bandeja de entrada ve algunos mails sin leer provenientes de la farmacia y otros que son publicidades, y que en la carpeta de “Eliminados” figuran dos mails enviados allí sin ser abiertos. Ingres a la misma y ve que esos dos mails tienen el remitente: “Mariano Lamela”, y el asunto: “Para Paloma”. IGNACIO no puede evitar un gesto de confusión. El más viejo de los mails tiene fecha el miércoles veinticuatro de marzo a las ocho y diez de la noche; y el segundo, el sábado veintisiete de marzo a las ocho y diecisiete de la noche, tres días antes de la muerte de PALOMA. Sin perder el gesto de confusión, ingresa

al primer mail. No hay nada escrito en el contenido, solo un link a un video de YouTube. IGNACIO lo abre y amplía la pantalla. En el video se lo ve a MARIANO sentado en una silla atado de pies y manos, de frente a la cámara, con la misma ropa con la que había sido secuestrado y con un rostro quebrado. Detrás de él hay dos hombres robustos con gorros que les cubren la cara a excepción de la boca y los ojos. El de la izquierda de la pantalla saca un cuchillo.

HOMBRE 2

Muy bien, finalmente lo lograron, nos cerraron nuestro centro cultural y no nos vamos a quedar de brazos cruzados. Sabemos muy bien que fuiste vos la que hiciste la denuncia. Así que este mensaje es para vos Paloma Dosowitz, tenemos a tu novio acá con nosotros. Tranquila, se la está bancando re bien tenemos que decir. No nos está dando problemas. Se la está bancando re bien. Un ganador el tipo, *(lo toma de debajo de la cara y se la muestra a la pantalla)* mirá la cara de ganador que tiene.

Se escucha la risa del que tiene el cuchillo.

HOMBRE 2

No queremos absolutamente nada, simplemente que retires la denuncia. Ese centro cultural es nuestro y nos corresponde. Ahí estaban todas las obras de nuestro movimiento y nuestras actas políticas y no vamos a permitir que nos lo arrebaten de esa forma. Además, teníamos nuestro video de presentación filmado por nuestros cineastas, con música de Wagner de fondo y la tercera sinfonía de Beethoven, la que le dedicó a Napoleón. Por cierto, ¿sabés lo que decía Napoleón? *(al hombre que tiene el cuchillo)* ¿Vos sabés lo que decía?

El hombre que tiene el cuchillo asiente con la cabeza.

HOMBRE 2

Que la única forma de corregir a un judío era cortándole la cabeza y poniéndole una nueva. No queremos creer eso. Te

lo vamos a repetir una vez más, retirá la denuncia o Mariano se muere. Tan simple como eso. Y si pensás que no estamos hablando en serio...

El hombre que tiene el cuchillo gira la silla de perfil a la cámara y le toma la mano izquierda a MARIANO, más precisamente el dedo meñique. MARIANO empieza a moverse brusca y desesperadamente al mismo tiempo que grita pidiendo que no lo hagan. Sin embargo, el hombre completa el tajo, MARIANO grita aún más fuerte por el dolor y el hombre se acerca a la cámara mostrando el dedo.

HOMBRE 2

Ya sabés lo que tenés que hacer.

El hombre saca el dedo de la pantalla y su compañero tapa el lente con la palma de su mano hasta que la imagen se vuelve toda negra y termina el video.

IGNACIO deja la expresión de confusión y muestra una dosis de angustia mientras que cierra los ojos y se tapa la cara. Unos segundos después, como resignado a tener que ver lo peor, y sin perder más tiempo, cierra el link, cierra el mail y abre el segundo. Tampoco muestra contenido más que el link a otro video de YouTube, lo abre y amplía la pantalla. En el video se lo ve nuevamente a MARIANO sentado en la misma silla atado de pies y manos, de frente a la cámara, con la misma ropa y la misma expresión en el rostro. Detrás de él están nuevamente los dos hombres robustos con los mismos gorros.

HOMBRE 2 *(En tono alto y con una furia extrema)*

Paloma Dosowitz, se te dio un ultimátum y no contestaste.

No diste ninguna respuesta al mail que te mandamos y no hiciste caso a nuestra demanda. Tuvimos que bancarnos a este tipo acá, que lo único que hizo fue llorar y rogar por su vida, demostrando que es un hombre débil. Esta respuesta de tu parte con tal de no devolvernos el centro cultural lo

único que hace es darnos un mensaje más que claro y nos
hace aceptar tu declaración de guerra. ¿Entendiste?
*El hombre de la izquierda saca el cuchillo, lo toma de los
pelos a MARIANO inclinándole la cabeza hacia atrás y
le corta la garganta de par en par. Su compañero se
acerca a la cámara.*

HOMBRE 2

Te damos la última oportunidad. Retirá la denuncia ya
porque la próxima sos vos.
*Tras esto, tapa el lente con la palma de su mano hasta
que la imagen se vuelve toda negra y termina el video.*

El mensaje del retrato en la casa de Jazmín

(Versión alternativa)

Esc. 1 Ext. Día. Vía pública.

Es una tarde soleada y calurosa en Villa Gesell. Mucha gente se va acercando a la playa y ya pueden verse algunas personas en ella, entre ellos JAZMÍN, una joven de veintiún años, junto a un joven un par de años mayor. Ambos están sentados en sus reposeras viendo hacia el mar, vistiendo una remera y un short. En un determinado momento, JAZMÍN le dice algo a él y se levanta. Camina hasta un puesto de bebidas atendido por un joven de su edad llamado, SEBASTIÁN, que también viste una remera y un short. Apenas se ven, se reconocen mutuamente, aunque ella con menos énfasis que él, y se saludan con un beso.

JAZMÍN

¿Cómo estás?

SEBASTIÁN

Todo bien, acá, con un pequeño trabajo para juntar algo en el verano.

JAZMÍN

Está muy bien.

SEBASTIÁN

¿Vos?

JAZMÍN

Bien, yo me tomé unos días con mi novio y nos vinimos para acá.

SEBASTIÁN

¿Estás parando en la casa que tenés acá?

JAZMÍN

Sí, sí.

SEBASTIÁN

¿Y hasta cuándo te quedás?

JAZMÍN

Hasta mañana. Tuve la primera quincena de marzo.

SEBASTIÁN

Ah.

JAZMÍN

Escuchame, ¿tenés aguas saborizadas?

SEBASTIÁN

Sí.

JAZMÍN

Te pido dos chicas de pomelo.

SEBASTIÁN

Dale.

SEBASTIÁN toma dos botellas chicas de la heladerita.

JAZMÍN

¿Cuánto están?

SEBASTIÁN

Diez.

SEBASTIÁN se las entrega mientras JAZMÍN le pasa un billete de veinte pesos.

SEBASTIÁN

Que la disfrutes.

JAZMÍN

Gracias. Bueno, nos vemos.

SEBASTIÁN

Nos vemos.

JAZMÍN vuelve al lugar donde estaba. SEBASTIÁN se queda viéndola como si le molestara su altanería. JAZMÍN se sienta y le da una de las botellas a su novio. A la vez, SEBASTIÁN ve que JAZMÍN tiene su cartera al costado de su reposera, la cual parece estar

abierta. Toma dos sorbetes del mostrador y se acerca a ellos.

SEBASTIÁN (*Alcanzándose los*)

Disculpen, me olvidé de ofrecerles sorbete.

JAZMÍN (*Recibiéndolos*)

Ah, bueno, gracias.

SEBASTIÁN

De nada.

Inmediatamente, SEBASTIÁN corre la cartera con el pie y se agacha tomando del interior un juego de llaves y una tarjeta para descuentos. Sin darse vuelta la empuja con el pie de nuevo donde estaba y comienza a caminar nuevamente hacia el puesto, guardándose las dos cosas en los bolsillos de su short. Sin embargo, antes de llegar se desvía unos metros a donde hay un joven algo mayor que él, se ve que le dice algo y se retira mientras este joven empieza a atender el puesto. Éste nos muestra una elipsis temporal con respecto a las nubes del cielo y con respecto a la cantidad de gente que se empieza a reducir. En un determinado momento, se lo ve a SEBASTIÁN regresando por donde se fue. Se aleja bastante del puesto y se detiene a una distancia prudencial de JAZMÍN y su novio, toma rápidamente puntería y arroja despacio el juego de llaves haciéndolo caer debajo de la reposera de ella casi junto con la cartera. Acto seguido, regresa al puesto, se ve que le dice algo al joven y éste lo deja seguir atendiendo.

Esc. 2 Ext. Día. Vía pública.

La escena comienza con un plano general de la entrada de un edificio, con un pequeño descanso delante de la puerta y dos escalones a continuación. Puede verse a través del vidrio de la puerta que alguien viene caminando por el hall. Cuando ésta se abre, puede verse

que se trata de SEBASTIÁN, con una remera y un short distintos a la escena anterior. En un estado tranquilo, como dejándose llevar, baja los escalones y echa un vistazo a ambos lados. Luego comienza a caminar hacia el lado de la playa, guarda las llaves en el bolsillo, y cuando llega a la esquina, se va deteniendo con expresión como si le hubiera agarrado una duda. Continúa caminando sin poder cambiar esa expresión. En la mitad de la cuadra siguiente, mira la hora en su reloj pulsera, y ante esto, vuelve a detenerse, ahora de manera más brusca. Se queda pensando un rato y pega la vuelta, volviendo a entrar a su edificio. Un minuto después, sale sosteniendo la tarjeta que sacó de la cartera de JAZMÍN. Baja los escalones, guarda la tarjeta en el bolsillo y enfila hacia el lado opuesto con expresión de tranquilidad.

Realiza un trayecto de tres cuadras y media y se detiene en un edificio de dos pisos, con solo un departamento en cada uno, se acerca al portero eléctrico y toca el timbre del departamento ubicado en el piso de arriba. No contesta nadie, vuelve a tocar el timbre, se queda esperando más tiempo pero consigue el mismo resultado. Vuelve a mirar la tarjeta, luego mira hacia ambos lados, la guarda en un bolsillo de su short y saca del otro una llave con la que abre la puerta. Ingresa al hall donde ve que en el centro de la pared opuesta a la entrada hay una puerta de ascensor común y corriente, y a su izquierda, una puerta de ascensor que tiene la mitad de la altura. La mira con expresión de intriga pero finalmente se acerca al ascensor común que se encuentra en la planta baja, abre la puerta e ingresa. Oprime el botón del segundo piso. Al llegar, busca la puerta del ascensor de baja altura pero no la encuentra y camina por el pasillo hasta la puerta del departamento del fondo. Toca el timbre pero no contesta nadie, agudiza su audición para

ver si escucha ruidos dentro del lugar, luego vuelve a tocar el timbre, espera más tiempo pero nadie responde, por lo que con la llave abre la puerta. Se detiene en la entrada y echa un ligero vistazo. Se trata de un pequeño departamento de dos ambientes. Un lento paneo nos va describiendo el lugar. Lo primero que se ve desde la entrada es el comedor, no muy amplio. Sobre la pared del costado izquierdo, viéndose desde la entrada, hay un extenso sofá, y a un costado de éste, una pequeña mesa de vidrio con un teléfono y varios papeles encima. Sobre la pared del costado derecho, hay un reloj colgado que marca las cinco menos diez, más abajo está el teléfono del portero eléctrico, y a un lado de éste, un almanaque colgado mostrando la hoja del mes de marzo. La pared ubicada enfrente de la puerta de entrada tiene un ancho y breve pasillo que conduce al dormitorio. Allí hay una cama de una plaza ubicada de forma paralela a esta pared, un alto mueble al costado contra esa misma pared, un televisor, sobre una pequeña mesa de madera, ubicado frente a la cama, y una pequeña mesa de luz sobre el otro costado de la cabecera. Sin ningún tipo de división, a continuación puede verse una pequeña cocina, y a continuación, un pequeño baño.

SEBASTIÁN ingresa a la casa y cierra la puerta con llave, camina lentamente y sin hacer ningún tipo de ruido, echa un vistazo al dormitorio, a la cocina y al baño, y vuelve a la entrada. Agudiza su audición para ver si vienen ruidos de afuera, y al no escuchar nada, con un poco más de tranquilidad, vuelve a contemplar cada habitación. Luego de ver suficiente, saca nuevamente la llave, abre la puerta y se retira. Llama el ascensor, cuando llega a su piso, abre la puerta e ingresa. Oprime el botón de la planta baja. El ascensor comienza a bajar pero extrañamente no se detiene en la planta baja sino que sigue bajando. SEBASTIÁN cambia su expresión

de tranquilidad por una de preocupación. Por la puerta se ve toda una pared extensa como si no hubiera ningún piso. Finalmente llega a un subsuelo donde se detiene. Se queda sin hacer nada y puede ver a través de la puerta a un hombre que dobla por un pasillo del fondo. Sin embargo, SEBASTIÁN comienza a sentir curiosidad, sale del ascensor, cierra la puerta sin hacer mucho ruido y camina lentamente por el lugar. Se trata de un subsuelo totalmente despoblado con diversas cosas almacenadas, y un pasillo al fondo que da a la izquierda. Al escuchar pasos, SEBASTIÁN se esconde enseguida entre dos grandes bolsas al costado junto a la pared. Ve al hombre que había visto desde el ascensor pero ahora sosteniendo varios cuadros. Éste camina hacia el ascensor de baja altura, abre la puerta y ubica los cuadros allí, la cierra y abre las del otro ascensor, al que entra y sube. Tras esto, SEBASTIÁN sale de entre las bolsas y camina por el pasillo del fondo. Allí encuentra más cosas almacenadas, entre ellas más cuadros. El que está ubicado arriba de todo muestra una pintura muy llamativa, parece ser el retrato de una mujer algo mayor, tomada en un plano medio corto, con una expresión galante y soberbia, al mismo tiempo que la ropa que llega a verse remite a que la pintura fue hecha un siglo atrás. Parece llamarle poderosamente la atención y se queda viéndolo un rato, luego lo levanta y va echando vistazos a los que están abajo. Cuando termina los deja como estaban, camina unos pasos para llegar a ver si el ascensor está siendo usado, y al ver que no, vuelve a donde están los cuadros. Esta vez, se aleja un poco más y se sienta en el piso, ya cerca del final del pasillo, apoyando la espalda en la pared a modo de relajación. Allí se queda lo suficiente como para perder la noción del tiempo. A través de un plano detalle del reloj del departamento, se muestra una elipsis de casi una hora. Finalmente, el ruido de la

puerta del ascensor proveniente de los pisos de arriba lo hace volver a tomar conciencia del tiempo. Se levanta inmediatamente y camina hasta ver los ascensores. Ninguno de los dos se mueve. Camina hacia el común y lo llama, pero éste no baja. Insiste con el botón, y al ver que no baja, comienza a golpear la puerta gritando: “ascensor, ascensor”. Al no obtener ningún resultado, no puede evitar la expresión de preocupación. Ve que el ascensor de baja altura está allí. Parece analizarlo unos segundos y se decide, abre la puerta y ve que están los otros cuadros que había dejado aquel hombre, esos cuadros llegan hasta un poco más arriba de la mitad de la altura del ascensor, y apenas dejan un espacio en el costado, por lo que se pone de costado bajando la espalda y la cabeza, e ingresa, queda completamente doblado, de pie al lado de los cuadros, con el torso y la cabeza paralelos a estos. Cierra la puerta y oprime el botón de planta baja. El ascensor empieza a subir. En voz muy baja SEBASTIÁN parece decir: “por favor, por favor”. Continúa atravesando el trayecto de la pared extensa, pero faltando una cuarta parte del mismo, el ascensor se detiene de golpe y, al mismo tiempo, se apagan las luces. Un paneo nos lleva a la entrada del edificio donde se ve salir a JAZMÍN con el novio, y al hombre que fue visto en el subsuelo, con otra mujer.

HOMBRE

Bueno, entonces a ustedes ya no los vemos hasta noviembre.

JAZMÍN

Sí, ya en noviembre pasamos de nuevo. ¿Ustedes vuelven ahora a mitad de año?

MUJER

Sí, en vacaciones de invierno, así ya terminamos los últimos detalles para poder ya ponerla en alquiler.

JAZMÍN

Bárbaro.

HOMBRE

Ya dejé separados en el ascensor chiquito los cuadros que vamos a colgar. Eso va a ser lo primero que hagamos a la vuelta.

MUJER

Y sí, hay que dejarla linda.

En ese momento, un auto se detiene y estaciona frente a ellos. Los cuatro se suben, el hombre es el que se sienta en el asiento del acompañante.

HOMBRE

A la terminal.

Un nuevo paneo nos lleva nuevamente al sótano. La cámara se detiene en el retrato y realiza un lento zoom in hasta mostrarlo en plano detalle.

Grand finale

(Versión alternativa)

Esc. 1 Int. Día. Imprenta.

Nos ubicamos en el depósito de una imprenta. Si bien el lugar es amplio, su superficie está bastante reducida por el almacenamiento de trabajos de impresión. Algunos están apoyados contra las paredes, otros están desparramados por el suelo. GUSTAVO, un joven de veinticinco años, se encuentra allí terminando de enrollar, empaquetar y acomodar los trabajos. Está con una remera, un jean arremangado y descalzo, pasando con cautela de un lado al otro del salón evitando pisar los trabajos desparramados por el suelo. En determinado momento sale del depósito, camina por un ancho pasillo en forma de ele, el cual tiene una gran arcada sobre un costado que da a la recepción, y sube unas escaleras por donde llega a un salón que contiene algunos trabajos más. Mientras está agarrando algunos, FEDERICO, un joven de su edad, también ingresa.

FEDERICO

Qué coincidencia, vengo a la empresa donde trabajaba hasta hace quince días y me encuentro con el tipo por el que me echaron.

GUSTAVO se da vuelta y deja los trabajos que había agarrado.

GUSTAVO

Estás equivocado, no te echaron por mi culpa, a mí me pusieron porque el puesto ya estaba libre.

FEDERICO realiza una sonrisa irónica y GUSTAVO continúa con lo que hacía.

FEDERICO

Seguro, vengo trabajando hace casi un año acá, de repente tu amigo, el de los contactos, le hace una visita al dueño pidiéndole trabajo para un amigo, y al otro día, me echan sin motivo aparente.

GUSTAVO

Si realmente te echaron sin motivo aparente, ¿qué esperarás para hacerles la denuncia?

FEDERICO

Uf, todo es una pérdida de tiempo y de plata. No se les puede ganar.

GUSTAVO

Y bueno... ¿necesitás decirme otra cosa? Porque tengo que terminar con esto.

FEDERICO vuelve a hacer una sonrisa irónica.

FEDERICO

Hay alguien en la recepción preguntando por vos.

GUSTAVO

¿Quién es?

FEDERICO

Un tal Hernán.

GUSTAVO vuelve a dejar los trabajos que había agarrado, con una expresión de susto.

GUSTAVO

¿Hernán?

FEDERICO

Sí. Hernán.

GUSTAVO

¿Qué le dijiste?

FEDERICO

Que esperara, que te iba a llamar.

GUSTAVO

No, decile que no estoy.

FEDERICO

No, ya le dije que estabas, no le puedo decir ahora que no estás.

GUSTAVO intenta pensar rápidamente en algo sin poder disimular el miedo.

FEDERICO

¿Está todo bien? ¿Pasó algo con el tipo?

GUSTAVO

No es asunto tuyo.

FEDERICO

OK, bueno,... lo voy a seguir esperando al dueño. Tengo una reunión con él. Nos vemos.

Tras decir esto, baja la escalera.

Esc. 2 Int. Día. Imprenta.

MARICEL, una mujer de treinta y pico de años, y CARLOS, un hombre de un par de años más, ambos vestidos formalmente, ingresan a la recepción. Allí se encuentran con un hombre de aproximadamente su edad dialogando con una joven de veintipico de años. El hombre, al verlos, se disculpa con la joven y acude a su encuentro.

HOMBRE

Todavía lo están esperando al dueño.

MARICEL

¿Qué datos tienen hasta ahora?

HOMBRE

Gustavo Paredes, veinticinco años. Hacía quince días que había empezado a trabajar en esta imprenta. Venía de trabajar en otra donde había estado un par de años. *MARICEL y CARLOS salen de la recepción e ingresan en el pasillo donde, antes de llegar al depósito, yace sin vida GUSTAVO. Está sentado sobre varios trabajos de impresión con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas. Su rostro está lleno de hematomas y sangre aunque llega a verse que tiene los ojos abiertos.*

MARICEL

Definitivamente se trató de una pelea.

CARLOS

Sí, no muy pareja te diría. Lo molieron a golpes.

MARICEL

Y todo indica que pareció tratarse de una sorpresa. Algo que no preveía en absoluto.

CARLOS

Totalmente.

MARICEL

Hasta podría creer que el asesino simplemente se excedió en lo que realmente vino a hacer.

En ese momento, el hombre se acerca con la joven.

HOMBRE

Disculpen, ella es Noelia, la empleada de este turno, fue la que encontró el cuerpo.

MARICEL

Noelia, somos del departamento de policía. ¿Qué nos podés decir?

JOVEN

Todavía no lo puedo creer, es todo muy extraño. Yo, cuando llegué, me lo encontré a Federico y nos pusimos a charlar.

Mientras dice esto, los tres van caminando hacia un costado.

MARICEL

¿Es empleado de acá?

JOVEN

En realidad, él dejó de trabajar hace unos días en la imprenta y vino porque tenía una reunión con el dueño. Estuvimos un rato y calculo que estaba intentando comunicarse con él porque en un momento intentó hacer una llamada con su celular. Y bueno... después él fue para el taller y yo fui para el lado de la recepción, y ahí me encontré con esta situación. Le fui a avisar corriendo y me dijo que lo ayudara a buscar a un tipo de su edad que había preguntado por Gustavo, y que cuando él le se lo comentó, Gustavo puso cara de pánico.

MARICEL

OK. (*Al hombre*) Necesitamos hablar con Federico.
El hombre guía a MARICEL y a CARLOS hasta el taller, allí lo encuentran.

MARICEL

¿Federico?

FEDERICO

Sí.

MARICEL

Somos del departamento de policía. Queríamos hacerte unas preguntas.

FEDERICO

Sí. Tienen que buscar a un tipo de mi edad, Hernán se llama.

Al poco tiempo que llegué, entré a la recepción y me preguntó si estaba Gustavo, le dije que sí y le fui a avisar. Cuando lo hice, Gustavo puso cara de pánico, me pidió que le dijera que no estaba. Yo le contesté que ya le había dicho que estaba y que no iba a bajar a decirle lo contrario. Me dijo: “bueno, ahora voy” y yo me fui para el taller. Diez minutos después, volví para ver si todo estaba bien y la veo llegar a Noelia, como no escuché ruidos raros nos quedamos hablando,... me volví para el taller,... y bueno... al minuto vino desesperada a contarme.

MARICEL

Federico, Noelia nos dijo que habías dejado de trabajar acá hacía unos días. ¿Por qué fue eso?

FEDERICO respira hondo resignado a contestar.

FEDERICO

Me echaron.

MARICEL abre los ojos cómo habiendo hecho un hallazgo interesante.

MARICEL

¿Y por qué te echaron?

FEDERICO

Por ningún motivo.

CARLOS

¿Y Gustavo fue el que te reemplazó?

FEDERICO

Sí.

MARICEL

Ajá. Y de la nada volvés un día a la empresa y el tipo que te reemplazó aparece muerto.

FEDERICO

No fue de la nada. Tenía una reunión con el dueño por el tema de la indemnización.

MARICEL

Pero al dueño todavía lo están esperando. Por lo visto viniste mucho más temprano del horario que debieron haber arreglado.

FEDERICO vuelve a respirar hondo resignado a contestar.

FEDERICO

Es cierto, vine más temprano... porque quería tener una charla con Gustavo. Me la debía, porque sabía que me habían echado para darle mi puesto a él. El dueño de esta imprenta tiene un amigo que a veces anda por acá. Viven haciéndose favores, y cuando el otro pasa para pedirle que le de trabajo a un amigo, se lo da siempre. Justo hace un mes el tipo anduvo de vuelta por acá para pedirle que le diera trabajo a un amigo de él,... y a los quince días me reemplazaron. Sé que suena como un móvil para haberlo matado pero les juro que yo no lo maté, vine porque quería ver cómo trabajaba, cómo hacía el trabajo que hacía yo de forma impecable hasta hace quince días, y ahí pasó que vino este tipo Hernán a preguntar por él.

Se produjo un silencio de unos segundos.

FEDERICO

Yo no quiero sugerir nada pero la cara que puso Gustavo cuando le dije de Hernán fue de pánico. Es muy probable

que el tipo trabaje en la imprenta de donde viene Gustavo y que el fuera la causa por la que se fue de ahí.

Esc. 3 Int. Día. Imprenta 2.

MARICEL y CARLOS ingresan a la recepción de otra imprenta. Allí hay una mujer de treinta y pico de años.

MUJER

Hola, ¿en qué los puedo ayudar?

MARICEL

Somos del departamento de policía, lo estamos buscando a Hernán.

La mujer realiza un gesto de sorpresa.

MUJER

¿Pasó algo?

CARLOS

Necesitamos hacerle unas preguntas por el crimen de Gustavo Paredes.

La mujer acaba por sorprenderse aún más.

MUJER

¿Mataron a Gustavo Paredes?

Esta vez la mujer hace un gesto de no estar tan sorprendida.

MUJER

Pasen por acá.

Los tres van por un pasillo.

MUJER (*Señalándoles una puerta abierta*)

Está allá en el taller.

MARICEL

Muchas gracias.

Los dos entran y allí encuentran a HERNÁN que acomoda unos trabajos y que al verlos se detiene. Tiene el costado de un ojo algo morado y un rasguño debajo del pómulo.

MARICEL

¿Hernán?

HERNÁN

Sí.

MARICEL

Somos del departamento de policía.

HERNÁN asiente con la cabeza, resignado.

HERNÁN

Siéntense.

Los dos toman sillas desparramadas por el lugar, las acercan al centro y se sientan, HERNÁN hace lo mismo sentándose frente a ellos.

HERNÁN

Creí que estaba vivo cuando me fui.

MARICEL

¿Por qué no nos contás cómo empezó el conflicto?

HERNÁN

Nunca nos llevamos bien. Hacía mal algunos trabajos que se le asignaban y nos terminaba afectando a todos. Siempre por sus errores pagábamos los que no teníamos la culpa. Un día se lo fui a decir.

Insert de un flashback

En un pequeño depósito, hecho aún más pequeño por trabajos terminados de impresión que abarcan tres de las cuatro paredes, se encuentra hablando GUSTAVO con Marisa, una joven de aproximadamente su edad. En la pared libre pueden verse dos pequeñas arcadas a distintos sectores de la imprenta. En el de la derecha del salón está la mujer que apareció en el principio de la escena y un hombre, de algunos años más, trabajando en la computadora.

GUSTAVO

Me mira y me dice: “Vos también salí con ellos”. Ahí me quedo mirándolo y le digo: “No, flaco, me parece que te

estás equivocando. Primero no te hagás el loco, y segundo yo no tengo por qué ir con ellos, ellos se mandaron la cagada, los que tienen que ir son ellos”, y ahí tiró el caballo para atrás. “Bueno” me dice “pero vos también sos conocido de ellos...” “¿Y a mí qué carajo me importa que soy conocido de ellos? Yo no estuve y nadie me va a venir a obligar a hacer algo que no quiero” Y ahí se quedó ¿viste?, no me dijo nada más, salió con el resto y se las tomó sin decir ni ay.

En ese momento, por la arcada de la izquierda del salón, ingresa HERNÁN, otro joven de más o menos la edad de los presentes, camina lentamente concentrado en unos papeles que tiene, pareciendo enfilarse hacia la otra arcada. Sin embargo, al levantar la mirada por un segundo, ve quiénes son los que están, por lo que se detiene mirando a GUSTAVO.

HERNÁN

Flaco, la próxima vez que te vengán a encargar un trabajo, prestá atención a lo que te dicen, porque después por tus boludeces terminamos pagando todos.

Tras decir esto, continúa su camino. GUSTAVO se le queda viendo unos segundos.

GUSTAVO

¿Qué me querés decir?

HERNÁN *(Sin dejar de caminar)*

Vos sabés muy bien lo que te quiero decir.

GUSTAVO *(Yendo bruscamente hacia él)*

No, ¿qué me querés decir? La concha de tu madre.

Cuando se acerca lo suficiente, empuja a HERNÁN desde atrás, lo que hace que éste se de vuelta, agarre a GUSTAVO por detrás de la cabeza y se la estrellé contra la pared, alejándolo luego con un empujón en el que GUSTAVO termina chocando contra el otro extremo del salón y algunos de los trabajos terminados. Marisa se tapa la boca del asombro. GUSTAVO se

mantiene en pie y conciente aunque hace gestos de no querer seguir peleando, por lo que HERNÁN sigue caminando. El hombre y la mujer que trabajan en la computadora se levantan para ayudar a GUSTAVO, y una chica, de aproximadamente la edad de él y de HERNÁN, se asoma por la arcada del costado izquierdo para ver lo que está pasando.

Nuevamente escena 3.

HERNÁN

Al otro día nos llamó el dueño que se había enterado de lo que había pasado.

Insert de un flashback.

Nos ubicamos en una amplia oficina. De un lado del escritorio hay un hombre de treinta y pico de años, cerca de los cuarenta, del otro están sentados HERNÁN y GUSTAVO, este último con la frente un poco hinchada, y detrás de ambos, está sentada la mujer que apareció en el principio de la escena. HERNÁN está con una sutil expresión de arrogancia. La mujer, al verlo, no puede evitar sonreír aunque trata de disimularlo enseguida.

HOMBRE

A ver..., se entiende que estén acelerados porque son momentos de mucho trabajo y de mucha tensión, pero los dos van a tener que bajar un cambio. Primero porque, aunque ustedes piensen que es imposible, algunos clientes que conozco de otros lados y con los que tengo cierta amistad, me han comentado del malestar que sienten cuando vienen, producto del maltrato que tienen entre ustedes. Sí, exactamente, se van desconformes de ver que hay maltrato entre ustedes. El cliente lo siente y no le da una sensación de comodidad, sino de querer apurarse e irse lo antes posible de

acá. Bueh... esto se tiene que terminar, acá lo importante es que la imprenta funcione bien. Y los dos son importantes para la imprenta, los dos hacen un muy buen laburo, así que quiero que sigan estando los dos y haciendo los laburos como los saben hacer.

Nuevamente escena 3.

HERNÁN

La convivencia en el laburo era insoportable porque no nos podíamos ni ver, pero como que un momento se había llegado a dar un acuerdo implícito de decir... bueno, los dos trabajamos acá, vamos a tener que seguir viéndonos, no nos queda otra.

Insert de un flashback.

En la imprenta se mantiene una movilización que parece productiva. Puede vérselo a HERNÁN trayendo del depósito un trabajo que le termina entregando a un cliente. Puede verse a Marisa que, mientras tanto, atiende a otro que acaba de llegar. GUSTAVO ingresa al depósito con un trabajo y lo deja con otros acomodando todo a continuación, tiene una expresión de mucha seriedad. En ese momento ingresa la chica que se había asomado por la arcada en el momento del incidente, cuando GUSTAVO termina de acomodar todo y se retira, ella sin dejar de hacer sus cosas, lo mira disimuladamente. En el pasillo se cruza con HERNÁN.

HERNÁN

El banner de la semana pasada se lo acaban de llevar.

GUSTAVO

Listo. ¿Te dijo por qué tardó tanto en pasar?

HERNÁN

Se le complicó no sé por qué quilombo.

GUSTAVO
OK.

Tras esto, ambos siguen su camino.

Nuevamente escena 3.

HERNÁN

Igual esa convivencia habrá durado dos meses, no más. Ahí me enteré que había conseguido trabajo en otra imprenta. Me acuerdo que dije: “Listo, me lo saqué de encima”. Pero bueno... no iba a ser así. La primera semana que el ya no estaba en la imprenta... pasó lo que produjo todo.

Insert de un flashback.

GUSTAVO está sentado en el sofá de su casa mirando televisión, en sus ojos aún se mantiene la tensión y el nerviosismo. Junto a él tiene una agenda, la toma y la abre en la letra H. Allí, entre números, figuran el de línea de HERNÁN, su celular y un teléfono alternativo. Se queda mirando este número bastante tiempo, su respiración empieza a exaltarse, intenta seguir mirando la televisión, pero no puede dejar de mirar el número en la agenda. Se mantiene así unos segundos. Finalmente respira hondo, toma el control remoto, pone el televisor en silencio y se dirige al teléfono ubicado a algunos metros, levanta el tubo y marca el número alternativo. Lo atiende una mujer mayor.

MUJER

Hola.

GUSTAVO

Hola, ¿está Hernán?

MUJER

¿Hernán?, no, acá no vive Hernán.

GUSTAVO

Ehh...
MUJER
Yo soy la madre.
GUSTAVO
¿Ahí no vive?
MUJER
No, no, él vive en otro lado...
GUSTAVO
No se haga la boluda y páseme con Hernán ahora.
MUJER
¿Cómo?
GUSTAVO
¿Usted se piensa que su hijo puede hacer lo que quiera con la gente y que no le pase nada?
MUJER
¿Qué está diciendo? ¿Quién habla?
GUSTAVO
Gustavo Paredes soy, dígale al hijo de puta de su hijo que arregle lo que tiene que arreglar conmigo porque lo voy a hacer mierda a él y a toda la familia. ¿Entendió?
MUJER
¿Pero qué está diciendo?
Tras decir esto, GUSTAVO cuelga el teléfono. La mujer parece descomponerse y empieza apoyarse en el suelo con mucha dificultad para respirar.

Nuevamente escena 3.

MARICEL
¿Y cómo fue? ¿Él te fue a buscar a la recepción?
HERNÁN
No, él no me fue a buscar. Me quiso evitar, eso fue lo que me dio más bronca.
MARICEL y CARLOS se sorprenden.
CARLOS

¿Cómo te quiso evitar?

HERNÁN

Yo estaba en la recepción sentado, y en un momento suena de golpe un celular un metro detrás de mí. Me doy vuelta y veo a través de la arcada que era Gustavo que estaba pasando por el pasillo de afuera tratando de evitarme. Eso me dio más bronca y lo fui a buscar.

Después de lo que había hecho, lo único que tenía que hacer era enfrentarme como un hombre.

MARICEL

¿Cuándo supiste que lo habías matado?

HERNÁN

Hace unos días, cuando volví en el mismo horario. Gustavo no estaba, solamente vi trabajando al tipo que me atendió aquella vez.

Inanedrama

(Versión alternativa)

Eran las siete y cuarto de la tarde. Ningún problema parecía posar sobre la ciudad. Mientras tanto, en un respetado laboratorio llamado Milace Omega, algo iba a dar inicio a un acto desacostumbrado.

Hugo Kevel ingresó a la oficina del dueño, Alberto Iriarte, quien estaba sentado en su silla giratoria tras el escritorio invadido por papeles. Éste lo recibió, le pidió que tomara asiento, y al ser correspondido, comenzó explicándole:

- Bueno, mirá Hugo, estoy al tanto de la situación que estás pasando con Santiago.

- No hay ningún problema con Santiago, se le está dando más importancia de la que tiene.

- Santiago me explicó bien lo que pasó y es bastante grave, en especial la discusión de la semana pasada.

- Lo de la semana pasada fue un cambio de palabras, nada más.

- Bueno, él no lo tomó así, y hace bas...

- Lo tomó de forma equivocada, Alberto...

- Pará un poquito, dejame terminar.

Hugo se cruzó de piernas reflejando en su cara una expresión de cansancio.

- Hace bastante que Santiago empezó a conocer esta empresa, tiene veintiún años y va a empezar a trabajar en cualquier momento, él también es el dueño y quiero que se vaya interiorizando con las decisiones que se toman.

- ¿Qué significa eso?

- Significa lo que dice. Él va a participar de la toma de decisiones de la empresa y si algo le parece incorrecto, eso va a ser corregido.

- No veo a dónde querés llegar – Confesó Hugo, siempre metido en el sentido de la charla.

- Él me hizo un pedido y yo quisiera cumplírselo.

- ¿Qué pedido?

- Que analicemos un posible cambio en la compañía.

- ¿Conmigo que tiene que ver?

Alberto respiró hondo y le contestó:

- Creemos que es el momento para que te abras.

Hugo abrió aún más los ojos, descruzó las piernas e inclinó su cuerpo hacia delante.

- ¿Cómo?

- Esto no es personal. Queremos que la empresa realice un giro de ciento ochenta grados.

- No me vengas con boludeces, Alberto, me estabas por ascender. Esto es completamente personal, acá hay algo más que no me quieren decir.

Hugo había perdido, al decir esto, todo cuidado.

- Para nada, estamos modificando la estructura de la empresa, Hugo. Tendrías que saberlo, hace bastante que trabajás acá. No es algo nuevo.

- ¿Santiago te lo pidió?

- Es una de las tantas cosas que analicé con él.

Hugo se tomó la cabeza volviéndose a apoyar en el respaldo.

- No me podés estar hablando en serio.

- Realmente no lo veo tan complicado al asunto. Voy a darte las mejores recomendaciones. Pero no veo motivo para que sigas acá, ya no se te necesita.

- ¿Si me llevara bien con tu hijo, pensarías de esa forma?

- Por supuesto, aunque analicé todo con él, no voy a dejar que ponga las emociones antes que el trabajo.

Hugo se quedó mirando fijo a Alberto sin decir nada. Se sacó las manos de la cabeza y arrojó el aire por la boca.

- No se van a salir con la suya.

- Yo te diría que aceptes las cosas como son y te vayas por las buenas. Digo... para no tener obstáculos en un futuro.

- Hijos de mil puta – Respondió Hugo levantándose – Ya veremos quién tiene obstáculos en el futuro.

Al pronunciar estas palabras, se dio vuelta y salió de la oficina. Ingresó en un pasillo, Santiago se cruzó hojeando unos papeles. Hugo avanzó directo hacia él, y en un estado más que alterado, le reprochó:

- Vos, pendejo, sos un cagador. Vos le dijiste a tu viejo que me rajara, pero esto no se va a terminar así.

- Mirá, imbécil de mierda, – Contestó Santiago – primero que nada, los insultos te los metés bien en el culo y no me vuelvas a levantar el tono porque no sabés con quién te estás metiendo.

- Con una persona que no le importa un carajo de nada, que no le importa cagar a cualquiera con tal de conseguir lo que quiere.

Varios empleados empezaron a asomarse desde sus oficinas.

- ¿Quién te pensás que sos para pararme y decirme todo eso acá en la empresa de mi viejo? ¿Hacer un espectáculo? Si tenés algún problema arreglémoslo entre nosotros sin involucrar a nadie y sino desaparecé ya mismo de esta empresa.

- Quedate tranquilo que voy a desaparecer. Hay que desaparecer de al lado de toda esa gente de mierda como vos y tu viejo.

- Lástima que los hechos no digan lo mismo. Porque yo no soy el que no puede mantenerse en ningún trabajo.

Hugo desorbitó los ojos de la bronca ante esto último, y en un tono bajo, le dijo:

- Vos sos un hijo de puta, y vas a terminar mal.

Apenas terminó de decirlo, se dio vuelta y comenzó a retirarse. Santiago se sintió paralizado por la forma en que Hugo le dijo este último comentario, por lo que le contestó gritando:

- Infeliz de mierda.

Tras esto, Hugo volvió a darse vuelta con la mirada aún desorbitada.

En ese momento, Alberto apareció y se puso en medio de los dos, pidiéndoles a los empleados que estaban viendo el hecho, que volvieran a sus trabajos. Hugo continuó su camino.

- Qué infeliz – Exclamó Santiago.

- Ya está, ya no trabaja más acá, así que...

Ambos empezaron a caminar hasta la oficina de Alberto.

Sin embargo, la continuación de este hecho iba a ocurrir ese fin de semana, en la calle y a pocas cuadras del laboratorio. Santiago iba caminando con su novia, una joven de su edad, dialogando de forma amena. Llegando casi a una esquina, una esquina de donde apareció de la nada Hugo Kevel con cierto estado de ebriedad, Santiago dio un respingo del susto y Hugo sin sacarle la vista de encima le dijo:

- Bueno, ahora estamos fuera de la empresa, nosotros dos, arreglémoslo como dijiste.

- ¿Arreglemos qué?

- ¿No me dijiste el otro día que si tenía algún problema lo resolviéramos nosotros sin involucrar a nadie? Bueno... arreglémoslo.

La joven, sorprendida por lo que estaba pasando, no atinaba a decir palabra.

- Yo no me voy a pelear con vos ahora...

- No tengas miedo.

- No tengo miedo.

- Estás temblando.

- No, no estoy temblando. Dejame que estamos llegando tarde.

Tras decir esto, Hugo agarró a Santiago del cuello y lo llevó contra la pared, cambiando a una expresión de furia extrema.

- Vos y yo tenemos una cuenta pendiente.

La joven comenzó a pedir ayuda a los transeúntes que pasaban. Luego de varios pedidos de ayuda de la joven, finalmente se empezaron a acercar algunos. Hugo, al ver esto, le clavó de nuevo la mirada a Santiago y le dijo:

- Acordate de mis palabras, vas a terminar muy mal.

Acto seguido, dobló en la esquina y se fue corriendo. Los transeúntes que llegaron fueron a preguntarle a Santiago si estaba bien. Éste atinó a contestar todo lo que le preguntaron, tratando de simular la mayor tranquilidad posible, aunque su semblante se había tornado pálido y sus manos temblaban.

Ante este último hecho, Santiago no buscó ningún tipo de represalia, pero eso no evitó que mantuviera el tema en su cabeza dándole vueltas permanentemente. Pocos días después, para el jueves de esa semana, tuvo una de sus habituales charlas de trabajo con su padre en la oficina de éste, quien en un determinado momento le dijo:

- Ya se resolvió el tema de Hugo.

Santiago no pudo evitar poner un rostro aún más serio del que tenía, dejando ver en su mirada una furia reprimida y sin digerir.

- ¿Cómo se resolvió?

- Bien, por suerte. Un conocido nuestro lo tomó. Hoy a la mañana me llamó para avisarme.

- ¿Quién?

- Alfredo. Fue el único que lo quiso tomar, y mirá que hablé con varias empresas conocidas, pero cuando les contaba el tema del antecedente que tiene, nadie quería saber nada.

- Llamalo a Alfredo.

- ¿Qué? ¿Para qué?

- ¿Vos tenés idea de lo que me hizo el hijo de mil puta de Hugo el fin de semana pasado? – Le preguntó teniendo que hacer un esfuerzo extremadamente mayor para reprimir su furia.

Alberto abrió aún más los ojos, sorprendido.

- No, ¿qué te hizo?

- Me vino a buscar borracho a la calle cuando paseaba con mi novia, me empezó a insultar, a decir que teníamos una cuenta pendiente y que quería pelearse ahí y en ese momento. Cuando le dije que no, me agarró del cuello, me tiró contra la pared y me amenazó de muerte.

Alberto cambió la expresión de sorpresa por una de furia igual a la de Santiago.

- ¿Me estás hablando en serio? ¿Por qué no me dijiste nada antes?

- No creí que hubiera alguien que lo podía llegar a contratar.

Alberto levantó el teléfono y marcó un número. Cuando lo atendieron, dijo:

- Alfredo, soy yo, Alberto,... mal. ¿Vos tenés un espacio libre ahora?... Necesito tener una reunión con vos y con Hugo... De ser posible sí... Preferiría hablarlo en persona...

OK, sí, sí, no hay ningún problema... Perfecto, nos vemos ahí.

Tras decir esto, colgó el teléfono, miró a Santiago y le dijo:

- En una hora nos reunimos allá con los dos.

Exactamente una hora después, estaban sentados Alfredo, Hugo, Alberto y Santiago, en la oficina del primero. Alfredo y Hugo de un lado del escritorio, Alberto y Santiago del otro. Ya con las explicaciones dadas, Alberto le dijo a Alfredo:

- Mirá... yo no quiero tomar la determinación de nada en esto. Yo ya hice lo que tenía que hacer. Acá el problema Hugo no lo tiene conmigo, lo tiene con Santiago, y por eso quise que viniera.

- Sí, bárbaro, yo no quiero ningún problema. Yo contraté a Hugo por pedido tuyo, me diste determinadas referencias que me parecieron bien, y por eso lo contraté. Si vos ahora considerás que no tiene que estar trabajando acá, yo te delego esa decisión a vos para mostrarle a Hugo la situación de forma transparente.

- Yo tampoco soy el que tiene que tomar la decisión de eso. Acá la persona atacada fue Santiago y es él quien tiene que tomarla.

Los tres miraron a Santiago que tenía una expresión seria, esta vez con una mirada que dejaba ver una seguridad intranquila. Sin vacilar, dijo:

- Despedilo.

Se produjo un extenso silencio en el que Alberto no hizo ningún gesto, Alfredo se sorprendió y Hugo reprimió su furia. El silencio se interrumpió cuando Alfredo le dijo:

- ¿Estás seguro?

- Sí, segurísimo. Que se vaya y que no vuelva nunca más.

Que se arregle por su cuenta.

Se volvió a producir otro extenso silencio que fue nuevamente interrumpido por Alfredo cuando dijo:

- OK, ¿no querés considerar la posibilidad de llegar a un acuerdo con Hugo, de que te pida las correspondientes disculpas y puedan seguir cada uno con su vida?

- No.

- La situación de Hugo es un poco complicada. Él tiene un antecedente penal por robo y eso hace que no pueda conseguir trabajo con mucha facilidad. Además, tiene dos hijos chicos, necesita trabajar.

- Hubiera pensado en los hijos antes de venir a atacarme. Ahora que se joda. Es así de fácil.

- OK, yo hablé con Hugo antes de que ustedes llegaran y está dispuesto a pedirte disculpas por lo que hizo, está realmente mal por lo que pasó.

- No me importa, quiero que lo despidan.

Tras esto, Alfredo no vio otra alternativa, respiró hondo, lo miró a Hugo y le dijo:

- Bueno... no puedo hacer mucho más.

- No, está bien – Respondió calmadamente Hugo – No te hagas ningún problema. Está perfecto.

Mientras decía esto último, se levantó y, sin perder la calma, se retiró de la oficina. Luego de eso, Santiago hizo una placentera sonrisa de victoria.

La tarde del día siguiente, Santiago ya estaba en su departamento recostado en su cama, solo con una remera y bermudas, intentando relajarse y hablando por teléfono con su novia. Esto es algo de lo que decía:

- Exactamente, el tipo me insistía, pero no, ya estaba ¿viste?... Sí, la verdad que sí. La verdad que sí. Y bueno... ahora la próxima vez antes de ir a hacerse el loco con alguien lo va a pensar cinco veces. Así que bueno, amor, entonces ¿a qué hora pasás?... Dale, bárbaro, sí... sí... no hay problema. Te espero amor, besotes.

Tras cortar la comunicación, dejó el inalámbrico encima de la mesa de luz, se puso la mano en la frente, respiró hondo e intentó relajarse. Al principio pareció lograrlo, pero

de a poco se notaba su mente ocupada con algo, y ese algo, a pesar de seguir recostado, lo hacía tener una posición cada vez más tensa. Esto no le hacía notar la velocidad con la que pasaban los minutos en el reloj digital de la mesa de luz. Finalmente, su cara ya no pudo evitar más la expresión de bronca. Empezó a sentirse molesto e incómodo, y trató de luchar contra eso. Su semblante se fue tornando rojizo. En un momento, esbozó una leve sonrisa macabra y luego volvió a la lucha interna, aunque esa vez ya no fue por mucho tiempo. Su respiración se fue agitando y la expresión de su rostro fue enteramente invadida por la furia. Se levantó en forma instantánea de la cama, se puso las zapatillas, y con el semblante más pálido, salió de su habitación. En el comedor, abrió uno de sus muebles, allí se quedó buscando y agarrando algunas cosas como si estuviera preparando algo. Esto le llevó unos minutos. Al finalizar, volvió a cerrar el mueble, tomó las llaves, la billetera y salió del departamento. Ya en la calle, tomó el primer taxi libre que pasó. Más allá de que no fue un viaje de los más cortos, su semblante no se modificó. Al llegar, se bajó en una esquina y caminó hasta una casa. Un lugar bastante poblado. Tocó el timbre y esperó a que le abrieran. El que abrió la puerta fue Hugo que se detuvo intrigado a ver qué quería. Santiago, mostrando seriedad, empezó a decirle:

- ¿Cómo estás? Antes que nada te digo que vine a hablarte sobre el tema laboral. Estuve analizando lo que pasó y me gustaría comentarte algo, pero... si es posible no solo a vos, me gustaría que la llamas a tu mujer para que los dos escuchen esto, porque fue una decisión que tomé en beneficio de toda tu familia, no solo de vos.

Hugo, sin modificar su expresión, se metió en la casa sin cerrar la puerta, y volvió algunos segundos después con su mujer, unos años menos que él. Santiago sacó de su bolsillo, un sobre.

- Bien, debido a lo que me dijo Alfredo el otro día sobre tu situación familiar, tomé la decisión de hacer algo al respecto. El otro día fui a hacer las compras al supermercado, y por una oferta que había en un producto, me hicieron un descuento de treinta pesos. Como ya tenía la compra programada, los treinta pesos me terminaron sobrando,... y por lo tanto, se los quería dar a ustedes. Yo sé que dada la situación económica en la que están, les va a venir bien. (En esta última línea, Santiago no pudo evitar la sonrisa burlona) Ah, y además, me dieron un cupón con descuento para compras que se hagan de lunes a miércoles, también se los quiero dejar. Si van a comprar de lunes a miércoles, les sirve.

Luego de decir esto, Santiago lo miró a Hugo sin reprimir su sonrisa de burla, de par en par. Le alcanzó el sobre diciéndole:

- Acéptenlo por favor.

Hugo, lentamente y sin dejar de mirarlo a la cara, alzó una mano y tomó el sobre. Santiago, sin quitar su sonrisa, le dijo:

- Bueno, es todo. Mucha suerte.

Sin apuro, se empezó a ir por donde había venido. Al llegar a la esquina, dobló y esperó otro taxi. Esta vez, la espera se hizo más prolongada. Cuando finalmente tomó uno, otro taxi paró en la misma esquina levantando un pasajero y arrancando para el mismo lado que el primero. Varios minutos después, Santiago entró de nuevo a su casa, aún le temblaban un poco las manos, volvió a sacarse las zapatillas y volvió a recostarse en la cama, tomándose la frente y respirando hondo con una leve sonrisa. De esa forma pasaron aproximadamente unos veinte minutos, había conseguido relajarse un poco pero para entonces, el timbre de su departamento sonó. Sorprendido, miró la hora, era temprano como para que fuera su novia. Se sentó en la cama pero se quedó esperando sin hacer nada. Los segundos se

hicieron increíblemente largos. Poco después, volvió a sonar el timbre. Santiago se levantó, salió de la habitación, y al llegar a la puerta, miró por la mirilla. Se veía todo negro.

- ¿Quién es? – Preguntó.

La respuesta que recibió fue otro timbrado.

- ¿Quién es? – Volvió a preguntar en tono más alto.

- El encargado.

Santiago se quedó intrigado. La voz parecía ser realmente la del encargado. Volvió a mirar por la mirilla pero seguía viéndose todo negro. En un instante de decisión, Santiago abrió la puerta de a poco con el fin de asomar la cabeza, pero ésta se le vino contra la cara enseguida y violentamente.

Poco más de una hora después, la novia de Santiago llegó al edificio. Se detuvo sorprendida al ver que había algunos vecinos y transeúntes allí. Le preguntó a uno de ellos si se sabía qué había pasado, a lo que éste le contestó que parecía que había ocurrido un homicidio. La joven ingresó al edificio, subió el ascensor, y cuando llegó al piso en cuestión, vio más gente cerca de la puerta del departamento de Santiago, entre ellos a un oficial uniformado. La joven se acercó a él y le preguntó:

- Perdón ¿Qué fue lo que pasó?

- Hubo un homicidio acá en el departamento A.

- ¡¿En el departamento A?!

- Sí, no tenemos los datos todavía. ¿Vos conocés al que vive acá?

- Sí, es mi novio, justo ahora lo venía a ver.

- Necesitaríamos que entres para reconocer el cuerpo, y así, si es él, podemos obtener los datos.

La joven no atinó a decir nada.

- ¿Sí? ¿Estás lista?

La joven asintió e ingresó. Enseguida se detuvo impactada al ver la imagen. La casa estaba totalmente desordenada, y en el piso, el cuerpo de Santiago yaciendo de

costado, sin vida, con los ojos abiertos, una venda en la boca, las manos atadas detrás de la espalda, las piernas flexionadas con los pies también atados, y dos tiros en el pecho.

Muerte a los fans de los redonditos de ricota

- ¿Qué mirás, estúpido? – Le dijo un hombre a otro que pasaba por allí y que había girado la cabeza para ver de dónde venía la discusión de pareja.

Era una tarde calurosa de verano y Buenos Aires estaba más irritada que de costumbre. En la entrada de uno de los clubes de la zona se podía ver bastante gente queriendo ingresar al mismo. Éste disponía de un complejo de piscinas bastante amplio y gran parte ya se encontraba ocupado. Cerca de éste estaba la sala de revisión médica, donde Marilina, una joven de treinta años y con un ambo blanco, atendía a los que debían pasar por allí previamente. En ese momento se la veía algo molesta, se la veía caminar de un lado al otro de la sala intentando comunicarse con alguien a través de su celular, pero no parecía conseguir el objetivo. Debió interrumpir, sin embargo, lo que hacía, ya que un joven de veintipico de años golpeó la puerta. Éste, que no tenía un rostro muy agraciado, solo estaba con su maya y un toallón colgando de los hombros los cuales tenía algo encogidos. Llevaba la entrada en la mano. Marilina lo hizo pasar y procedió a la revisión. Comenzó pidiéndole la

entrada, lo cual el joven le entregó. Le pidió que se inclinara y le revisó la cabeza, luego que levantara los brazos y le revisó las axilas y, acto seguido, le pidió que pusiera cada pie arriba la banqueta y se fuera separando los dedos. Cuando el joven acabó de hacer esto, Marilina le dijo:

- No, tenés un hongo en el pie derecho entre los dos últimos dedos.

El joven se mostró sorprendido.

- Sí, tenés un honguito, no te puedo dejar entrar.

El joven aquí duplicó su expresión de sorpresa, creyendo que se trataba de una broma, y dijo:

- ¿Es un chiste?

- No, no es un chiste – Respondió seria y firme Marilina.

- Pero es algo que se debe ir en cualquier momento, a mí nunca me salen.

- Bueno, cuando se vaya es otra cosa, ahora no te puedo dejar entrar.

- Pero... me vine... pero a mí no me salen nunca, ¿no puedo pasar igual un rato?

- No te puedo dejar pasar teniendo eso, primero tratalo y después pasá de nuevo.

- ¿Ni siquiera un rato?

- No, no se puede – Respondió ya con un ligero fastidio.

El joven intentó seguir buscando razones que le permitieran convencer a Marilina, pero no encontró ninguna otra. Ella le devolvió la entrada, él la agarró y se retiró enojado. Del lado de afuera había una joven, unos años menor que Marilina y vestida de manera informal, que al sentir que alguien salía se acercó a la puerta, pero al ver al joven se detuvo enseguida, sin poder evitar seguirlo disimuladamente con la mirada que mostraba sorpresa y aversión. Cuando éste se fue, la joven entró diciendo:

- ¿Día complicado?

Marilina giró la cabeza reconociéndola enseguida.

- Día de mierda.

La joven sonrió.

- Encima mi marido está con el auto y no lo puedo ubicar para que me pase a buscar. Hace media hora que lo estoy llamando.

- Escuchame, tenés a alguien afuera que te busca. Una tal Viviana.

- Ah, sí, decile que pase.

- Bárbaro – Dijo la joven retirándose.

Segundos después ingresó Viviana, una mujer unos años mayor a Marilina, que comenzó diciendo:

- ¿Cómo va?

- ¿Cómo va, Vivi?

Se saludaron con un beso.

- Me vengo a despedir.

- ¿Cómo a despedir?

- Sí, ya vengo de dejar el auto listo.

- Ah, cierto, ¿cuándo es eso?

- Este fin de semana.

- ¿Ya es este fin de semana?

- Sí.

- ¿Y cómo venís con el tema?

- Y... bien, un poco a las apuradas porque yo en realidad me enteré hace poco, aunque ellos ya lo sabían hace más tiempo. Ellos están al tanto de todo porque se juntan con grupos de fans.

- Ah, claro – Dijo con tono gracioso.

- Claro, ¿viste? Están bien informados – Agregó con el mismo tono.

- ¿Cómo fue que te dijeron?

- Mirá... la última vez el tipo cantó en Mendoza y fue impresionante la gente que llevó, y ahí me dijeron de hacer un trato: que si el próximo recital era en provincia de Buenos Aires, me tenía que comprometer a llevarlos con el auto. Y bueno, hace quince días vinieron a decirme que el tipo iba a

cantar en Junín. Ya se dice que va a convocar cerca de cien mil personas, es increíble.

- Sí, ese tipo siempre llevó cantidades.

- Claro, pero en la época que estaba con los redondos todavía, pero ahora como solista no me imaginaba. Pero bueno... así que tuve que poner a punto el auto para llevarlos a Junín a ver al Indio. Y sí... tengo un sobrino Ricotero, ¿qué le voy a hacer?

Ambas se rieron del comentario.

- ¿Y el amigo que va es de hace mucho?

- Sí, con Felipe se conocen hace un tiempo ya, cada vez que pueden van a verlo.

- Bueno, entonces a la vuelta me tenés que contar.

- Sí, desde ya. Bueno, Mari, te dejo seguir con tus cosas.

- Dale, pásenla lindo.

Ambas se saludaron y Viviana se retiró del salón.

El fin de semana siguiente, se podía ver a Viviana junto a Damián y Felipe, dos chicos de veintiún años. Ambos tenían el pelo castaño oscuro y corto y una remera que hacía referencia al Indio Solari, aunque Damián llevaba puesta campera de jean. Ambos tenían pantalón corto y zapatillas blancas. Entre los tres introducían los bolsos dentro del baúl del auto. Una vez hecho el trabajo, se subieron. Viviana lo hizo al volante mientras que Damián y Felipe decidieron ir los dos atrás para hablar y mostrarse algunas fotos que no conocían. Enseguida levantaron viaje desde San Cristóbal a Junín. Viviana tomó el acceso oeste para salir a la ruta siete. Los primeros momentos del viaje, Damián y Felipe le contaban a Viviana sus experiencias en los recitales anteriores, las cuales incluían varias anécdotas divertidas, que siempre dejaban mal parado al otro. Luego se fue calmando todo cuando, con sus respectivas cámaras, se mostraron mutuamente algunas fotos que no conocían, en su mayoría tomadas en algún recital del Indio. Para ese momento, Viviana les avisó que iban a entrar a la ruta y les preguntó si

alguno quería estirar las piernas, Damián le contestó que sí, se sacó las zapatillas y puso los pies, con las piernas cruzadas, arriba el respaldo del asiento de Viviana, en la punta interna, mientras que Felipe hizo lo mismo en el asiento del acompañante. Viviana no pudo evitar reírse, aceptando que había sido una solución más práctica, y continuó manejando aunque teniendo que moverse un poco más cada vez que veía por el espejo retrovisor. Así estuvieron un rato, hasta que finalmente bajaron los pies. Un rato después, llegaron a destino, ellos se volvieron a poner las zapatillas y los tres bajaron para sacar las cosas más necesarias del bolso y hacer algo de tiempo. Eran las cinco y media. El recital empezaba en tres horas y media, pero en poco tiempo ya iban a empezar a abrir las puertas. Comieron algo, y cerca de las seis, partieron los tres hacia el autódromo. No les resultó sorpresiva en absoluto la cola que iban a tener que hacer. Sabían que iba a llevar un rato y, como habían quedado, empezaron a turnarse para ir al auto a descansar. La primera iba a ser obviamente Viviana, que era la que había manejado. La cola avanzaba muy de vez en cuando y lo hacía en poca cantidad. Además, no paraba de crecer, lo que comprobaban Damián y Felipe cada vez que miraban hacia tras. Algunos minutos después, apareció un móvil de la televisión pública con una notera de alrededor de treinta años. La misma se puso delante de la cámara con los fans de fondo y comenzó a narrar la fiesta que se estaba viviendo previo al recital. Habló de lo que se estimaba en cuanto a convocatoria, sobre la famosa misa y de lo que fueron los preparativos, aunque debió ser interrumpida cuando los fans que estaban cerca de ella, entre ellos Damián y Felipe, empezaron a saltar y cantar tras ella un cántico de aliento al Indio e incluso a los Redondos que decía:

Vamo' lo' redó, vamo' lo' redó

Cada vez se acercaban más para poder salir en cámara, lo que hacía que la notera no pudiera escucharse más a sí misma, por lo que no podía evitar sonreír, tentada. Eventualmente logró darle un cierre a la nota.

Posteriormente, llegó el turno de Damián. Viviana volvió al autódromo, buscó a los chicos y Damián fue al auto. Se quedó en el asiento del volante con la puerta abierta durante un rato. Pasado ese rato, comenzó a aburrirse, se bajó y caminó tranquilamente por la zona del estacionamiento. Observaba los autos mientras silbaba el cántico que había hecho ante la cámara. Sin embargo, iba a ver algo que lo iba a hacer dejar de silbar y detenerse sorprendido. En la baliza de un auto, había una calcomanía que decía:

MUERTE A LOS FANS DE LOS REDONDITOS DE RICOTA

Damián empezó a mirar indignado y, al mismo tiempo, sin poder creerlo, parecía un chiste que hubiera estacionado un auto con esa calcomanía en un lugar rodeado de autos de fans de los Redondos. Por otro lado, le sorprendía que nadie hubiera hecho nada al respecto. Pero su indignación sugería que él no podría quedarse sin hacer algo al respecto. Empezó a mirar el interior del auto y vio que en la guantera había una calcomanía de la Policía Federal Argentina. Esto aumentó en un nivel importante su indignación. Miró para ambos lados, y al ver que no venía nadie, regresó a su auto a un paso un poco más rápido, sacó la traba del volante y con la misma fue nuevamente hacia aquel auto. Volvió a ver para ambos lados, y al no ver a nadie, usó el traba volante como bate de baseball para romperle la baliza. Prácticamente la dejó hecha pedazos. Ninguna alarma sonó y nadie parecía venir, sin embargo, regresó inmediatamente para su auto, intentó colocar el traba volante nuevamente pero no pudo lograrlo y lo dejó en el asiento del acompañante. Cerró la

puerta y se dirigió de nuevo al autódromo. Aunque todavía faltaba un rato para el turno de Felipe, le propuso que los turnos de ellos dos duraran menos debido a la ansiedad y a que estar solo en el auto era un gran aburrimiento. Felipe aceptó y se dirigió al auto. Éste también fue al asiento del volante, prendió su MP3, tiró el asiento hacia atrás, se volvió a sacar las zapatillas y tomó el traba volante pasándolo de una mano a otra durante un rato. Pasado ese rato, un hombre de más o menos cincuenta años, se acercó lentamente y con expresión que juntaba una cantidad importante de ira. Se paró al lado, Felipe lo vio y se sacó los auriculares. El hombre observó detenidamente el traba volante en sus manos y pudo ver que tenía algunos pedacitos de vidrio en la punta, posteriormente vio que también los había en el suelo al lado del auto. Felipe le preguntó con cierto tono de burla:

- ¿Se te perdió algo?

El hombre pareció sorprenderse, pero nunca dejando la expresión de ira.

- ¿Me lo decís así tranquilo después de lo que hiciste? Te venís acá sin ningún problema.

- ¿Qué te pasa, capo? Ni te conozco, tomátela.

El hombre, ya sin poder resistirlo, se abalanzó hacia él rápidamente y le arrebató el traba volante. Felipe lo miró sin entender. El hombre se dirigió a la baliza del auto, Felipe se dio vuelta y, sacando su torso hacia fuera, le gritó:

- Ey, ¿qué hacés?

El hombre se paró atrás del auto y empezó a destrozar la baliza usando el traba volante como bate de baseball. Felipe, ahora más desentendido que antes, salió del auto como con un resorte hacia él, gritándole:

- Ey, ¿qué hacés?, la concha de tu madre.

Felipe agarró la otra punta del traba volante y enseguida comenzó un intenso forcejeo en el que nadie quería ceder. Así fue durante unos segundos hasta que el hombre logró

hacer que Felipe no pudiera retenerlo, y cuando volvió a tenerlo totalmente en su poder, tomó fuerza y le pegó con él en el costado de la cabeza. Felipe cayó casi instantáneamente al suelo de costado con la pierna de abajo un poco más flexionada que la otra. El hombre, al verlo, abrió los ojos aterrado, como volviendo en sí. Bajó sus manos y se tomó la frente con la que tenía libre, no podía creer lo que había hecho. Miró hacia distintos lados, y al comprobar que no había nadie viendo, salió corriendo en dirección hacia donde estaba su auto.

Un rato después, se habían hecho las ocho menos veinte, momento en que Felipe debía volver a la fila para ingresar al autódromo, ya que las personas que quedaban por delante eran cinco. A Damián y a su tía les resultó extraño y él lo llamó desde su celular, figuraba que estaba encendido pero nadie contestaba. Decidieron esperar unos minutos más. Cuando se hicieron menos diez, Damián lo volvió a llamar obteniendo el mismo resultado. Tras la noticia, Viviana le dijo que se quedara en la fila, que ella iba a ir a buscarlo. Cuando llegó al auto, se detuvo tremendamente impactada al ver la escena que estaba como el hombre la había dejado. Sin dejar pasar instante, sacó su celular y lo llamó a Damián diciéndole que fuera urgente. Damián llegó casi enseguida también impactado al ver la escena, se tomó la cabeza, ninguno de los dos podía entender qué había pasado. Sin embargo, atinaron a actuar rápido, Viviana llamó al novecientos once y Damián empezó a buscar gente que lo ayudara. No pasó mucho tiempo para que se armara un pequeño tumulto de gente con intenciones de ayudar. Muchos de los presentes dirigían sus preguntas a Damián, creyendo que él podía llegar a tener una idea de lo ocurrido, pero él negó en todo momento. Fue después de eso, y antes de que la ambulancia llegara, que uno de los presentes, luego de tomarle el pulso, les adelantó la noticia de que Felipe... estaba muerto. En ese momento, se empezó a escuchar la

música y el griterío de la muchedumbre proveniente del autódromo.

La mufa

Permítanme, señores lectores, introducirlos lentamente en el complejo ámbito donde se desarrolla el inicio de esta historia. Voy a comenzar diciendo que se trata de un amplio y sofisticado living, en el cual parece predominar una atmósfera tranquila y relajada. En el mismo se encontraba una pareja de no más de cuarenta años, otra un tanto más joven y un caballero solo que pasaba los cincuenta años. Todos estaban elegantemente vestidos, con una fina copa de vino blanco en las manos, y se encontraban sentados en sillones individuales formando una desordenada media ronda, viendo hacia el sillón amplio que los enfrentaba, ese sillón de alto respaldo en donde estaba sentada la dueña de la casa, Sofía, una mujer de cincuenta años y vestida aún más elegante que el resto. Se había sacado los zapatos y los tenía en el piso a un costado de ella, mientras que en una pequeña mesa junto al sillón, estaba su copa. Su mirada parecía estar realizando el penoso esfuerzo de mostrarse alegre y desafectada, casi al punto de estar más allá del bien y del mal.

Esto es algo de lo que decía:

- Lo que uno más aprende de los seres humanos, después de tener el tipo de relación que tengo yo, es que... el reconocer un error pesa más que el cemento. Para algunos

pareciera ser insoportable la sensación que les produce el hecho de saber que se equivocaron y que son los únicos responsables de lo que les pasó. La sensación de saber que tienen que lidiar con eso, aceptarlo y perdonarse. La sensación de que esta vez... no van a poder señalar a nadie con el dedo diciéndoles que es su culpa.

- Eso es una carga muy pesada para cualquiera, Sofía – Dijo una de las mujeres.

- Yo estoy para eso. Yo soy esa persona a la que a pesar de todo se la puede señalar con el dedo y echarle la culpa. No importa cuan lejos de la realidad esté eso, siempre se puede dar un giro de rosca para que la culpa recaiga en mí. Y cuando ya no puede hacerse ningún giro más, inventan lo otro. La mufa. Les pasó lo que les pasó porque yo soy mufa. ¿Sabés cuáles fueron las últimas y románticas palabras de mi ex marido antes de irse?

Los presentes negaron con la cabeza.

- Sos una mufa de mierda.

Algunos presentes se sorprendieron, otros hicieron una sonrisa no muy expresiva.

- Pero yo le veo el lado positivo. Ya la verdad que no me afecta nada. Ya estoy acostumbrada a que los que vienen a verme para buscar respuestas sean desagradecidos, y por otro lado, vuelvo a ser después de tanto tiempo una mujer soltera. Soltera... ¡y libre! – Dijo esto último con énfasis levantando los brazos y las piernas extendidas.

Los presentes hicieron una sonrisa de cortesía.

- Yo creo que sos una visionaria, Sofía, y eso a mucha gente le molesta – Acotó la otra de las mujeres.

- Yo ya acepté mi destino... y ya no le tengo miedo. Ya lo vi mirándome a los ojos – Dijo con cierto tono de resignación.

Casi enseguida, sin mover la cabeza, movió sutilmente los ojos para encontrarlos con los del caballero que estaba

solo, el cual la estaba mirando fijamente con una expresión que parecía no reflejar nada.

Ludmila tenía veintiséis años. Si bien no tenía una gran altura sí tenía una contextura esbelta, y eso estaba acompañado por unos ojos marrones que guardaban cierta picardía al igual que su sonrisa. Era de noche y salió del edificio donde vivía, ubicado sobre avenida De los Incas, en el barrio de Belgrano, para dirigirse a su auto estacionado enfrente y algunos metros a la derecha. Estaba definitivamente vestida para una fiesta. Llevaba un vestido celeste que le llegaba apenas por encima de las rodillas, zapatos abiertos con tacos del mismo color, una cartera que hacía juego con el resto, y un pequeño collarcito informal que dejaba caer en el centro un pequeño recuadro con dos letras chinas. Tenía su cabello lacio y castaño oscuro atado y peinado de una forma en la que el flequillo cubría toda su frente. Sacó de la cartera el llavero, estando a dos metros, quitó con él la alarma, y cuando llegó, ingresó al mismo dejando la cartera en el asiento del acompañante. Luego de encender el auto, se sacó los zapatos y los dejó debajo del mismo asiento, comenzando a manejar descalza. Miró la hora y partió a destino. Apenas se veían algunas personas que iban y venían por la zona de su casa. Estas se fueron reduciendo notablemente a medida que se alejaba de allí. Aproximadamente cuando llevaba poco más de cinco minutos de viaje, ingresó en una zona en la que disminuyó de forma considerable la cantidad de autos al punto en que por momentos estaba ella sola metros a la redonda. Sin embargo, ella se detenía en todos los semáforos que mostraban la luz roja. Minutos después volvió a mirar la hora y se encontró con un nuevo semáforo. En esa espera, un auto comenzó a verse venir por el cruce desde el lado izquierdo deteniéndose en la esquina. Dos hombres bajaron

de golpe sin mostrar armas a primera vista, aceleradamente se acercaron al auto de Ludmila y empezaron a golpearle la ventanilla y el parabrisas exigiéndole que bajara del vehículo. Ludmila entró en pánico y aceleró. El auto que se había parado en el cruce comenzó a avanzar para cortarle el camino pero la velocidad con la que Ludmila había salido hizo que esto no llegara a concretarse. Los dos hombres volvieron a subir al auto y empezaron a seguirla. Ludmila desesperada y tratando de mantener la tranquilidad a pesar de todo, seguía aumentando la velocidad. En ese momento, sí parecía positivo que no hubiera autos porque atravesaba los cruces sin siquiera reducir en ellos la velocidad. Miraba a cada rato por el espejo retrovisor viendo que la distancia que les sacaba a los perseguidores era cada vez mayor. Buscaba desesperadamente una avenida pero había perdido el sentido de la orientación, y al no ver ninguna a lo lejos, dobló en la esquina siguiente a la derecha, repitiendo el procedimiento en diferente dirección la esquina siguiente, y por tercera vez en la siguiente. A partir de aquí volvió a acelerar e hizo de corrido al menos unas diez cuadras, sin dejar de mirar cada dos segundos el espejo retrovisor. Después de haber tomado conciencia de este dato, redujo la velocidad comenzando a respirar más distanciadamente. De esa forma avanzó con el auto unas cuadras más y llegó a un cruce ferroviario que justo estaba bajando su barrera. Ludmila se detuvo mirando para ambos lados, ya que seguía siendo la única que se veía en varios metros a la redonda. En el momento en que decidió mirar de nuevo por el espejo retrovisor, vio a lo lejos, muy a lo lejos y yendo perpendicularmente, el auto que la perseguía. Volvió al pánico y a la respiración acelerada. Comenzó a golpear el volante exclamando la frase: “Dale, tren de mierda”, pero el único sonido que se escuchaba era el de la vía, todavía no había señales del tren. Ludmila se inclinó hacia delante para ver si la luz del mismo estaba cerca, al no ver nada, avanzó unos centímetros con el auto.

El resultado fue exactamente el mismo, por lo que continuó avanzando hacia la izquierda para esquivar la barrera. Seguía sin verse ninguna luz por lo que comenzó a cruzar, y al estar sobre la vía, se escuchó la potente bocina. Esto la asustó y la hizo frenar accidentalmente. Sin dejar pasar segundo y con la desesperación en su máxima expresión, intentó arrancar pero los nervios le jugaron una mala pasada, ya que soltó el embriague antes de apretar por completo el acelerador. Esto hizo que el auto temblara y se apagara. Un segundo después se volvió a escuchar la potente bocina desde más cerca. Ludmila entró en estado de shock, giró la cabeza a la derecha y vio la luz que se acercaba. Su grito fue extenso y desgarrador, y acabó cuando el tren a gran velocidad se llevó por delante el auto.

Un rato después, para el momento en que el lugar ya se había llenado de patrulleros, ambulancias y transeúntes, dos chicas de la edad de Ludmila, que alegraron vivir en la zona y conocer a la víctima, se acercaron a uno de los oficiales para preguntarle qué era lo que había pasado. Mientras tanto, otros oficiales habían podido romper la ventanilla de la puerta del conductor del auto y procedían a retirar el cuerpo de la víctima con un rigor mortis ya avanzado, lo cual hacía más lento y complicado el trabajo. El oficial, luego de contarles lo ocurrido, les preguntó a las jóvenes de su relación con la fallecida. Una de ellas contestó:

- Éramos amigas desde hacía unos años.

- Yo la conocía por ella, – Contestó la otra refiriéndose a quien tenía a su lado – y habíamos llegado a tener una relación de amistad.

- ¿Saben a dónde se dirigía?

- Sí, - Respondió la primera – ayer hablamos con ella y nos contó que iba a ir a una fiesta, pero... no con motivo de fiesta.

El oficial se mostró confundido y ésta continuó diciendo:

- Era una fiesta donde se iba a encontrar con su novio y con la chica con la que había descubierto que él la estaba engañando.

- Y estaba entusiasmada en ir a la fiesta – Dijo la otra.

- Claro, es confuso. El tema es que nos dijo otra cosa: la semana pasada había vuelto de la adivina.

- ¿De la adivina? – Preguntó el policía.

- Ella cada seis meses iba a ver a una adivina que le leía el futuro. Y había quedado contenta después de la última sesión porque, con lo que le habían dicho, sintió que iba a tener su venganza pública.

- ¿Qué le habían dicho?

- Le dijo que por algo que ella iba a descubrir y por algo que iba a decidir hacer, la iban a tener que sacar de un lugar por la fuerza.

Era día de entrenamiento en el club Caziolus de Buenos Aires, y las chicas del primer equipo de hockey sobre césped terminaban de prepararse para salir a la cancha. Sin embargo, Delfina no estaba con ellas en el vestuario, se había terminado de preparar antes que todas y lo había ido a buscar a David, el entrenador, para hablar con él, ya que éste la semana anterior le había informado al equipo que se reuniría con alguien del cuerpo técnico de Las Leonas, que buscaban nuevas jugadoras. No se sabe qué llegó a hablar Delfina con él, pero para entonces ya se la veía caminando nuevamente en dirección al vestuario con actitud altanera, su palo de hockey y la vestimenta del club, la remera blanca y azul, el pantalón corto negro, las medias blancas y los botines blancos. Era una joven de veinticinco años, con físico deportivo, pelo lacio castaño que llevaba atado y ojos marrones que mostraban valentía. En dicho club, antes de llegar al vestuario se debía pasar por un sector al aire libre. Mientras lo hacía, un perro callejero se le acercó

sorpresivamente a ladrarle, lo cual le hizo dar un respingo del susto. Cuando lo visualizó bien, pudo notar que era un perro mediano y no muy amenazante, por lo que intentó hacer que se fuera a través de señas, al no obtener resultados, usó su palo de hockey y le puso la punta a centímetros del hocico. El perro dejó de ladrar pero se seguía mostrando dispuesto a seguir haciéndolo. Delfina empezó a simular pequeños golpes con el palo dejándolo sin poder maniobrar y, finalmente, simuló tomar fuerza como para darle un golpe fuerte, lo que hizo que el perro acabara yéndose. Delfina sonrió y dijo:

- ¿Sabés lo que te falta todavía, perro?

De esa forma continuó su camino al vestuario.

Como correspondía, el equipo realizó el entrenamiento normalmente, tal fue el caso de Delfina que no se mostró diferente en ningún momento. Una vez finalizado el mismo, el equipo se retiró de la cancha nuevamente en dirección a los vestuarios. Allí, Jorgelina, una de las chicas del equipo, también de veinticinco años, se le acercó a Delfina y le dijo:

- Delfi, necesito que me ayudes con algo.

- ¿Qué pasó?

- Me traje el bolso preparado por el fin de semana largo, porque de acá ya me voy a Retiro.

- Ah, ¿de acá ya te vas?

- Sí, y el bolso es muy grande para los casilleros de acá, entonces lo puse en uno de los del vestuario viejo, que son el doble. Me quedó re pesado, antes me ayudó a llevarlo el tipo de la limpieza pero ahora no lo encuentro. Y me quedaron ahí algunas cosas para la ducha. ¿No me das una mano?

- Dale, no hay problema.

Ambas salieron del vestuario y fueron hacia el lugar mencionado, ubicado a unos pocos metros pero del lado opuesto al espacio al aire libre. Estaban solo con la camiseta y el pantalón corto, dado que ya se habían sacado los botines y las medias. Cuando llegaron, Jorgelina abrió la puerta e

ingresaron dejando que ésta se cerrara sola como hace habitualmente. En la pared de la izquierda se encontraban los casilleros. Jorgelina abrió uno de ellos, retiró el bolso, y con ayuda de Delfina, lo apoyó en el suelo.

- Lo podrías haber dejado afuera de los casilleros en el vestuario, no te van a robar.

- Nunca se sabe.

Volvieron a tomarlo, y mientras caminaban hacia la puerta, vieron que la misma tenía roto el picaporte. Se detuvieron sorprendidas y se miraron mutuamente. Jorgelina intentó abrirla agarrándola desde el hueco pero no lo consiguió, por lo que dejaron el bolso en el piso e intentó hacerlo con más fuerza obteniendo el mismo resultado. Delfina tocó el agujero diciendo:

- No, boluda, está roto esto.

- No, no puede ser, no estaba roto cuando dejé el bolso.

- Está roto, esto no se puede abrir, boluda.

Jorgelina continuó haciendo fuerza. Delfina se tomó la cabeza.

- ¿Cómo mierda no te diste cuenta...?

- No estaba roto, boluda, te dije, no sé qué carajo le pasó.

Delfina empezó a hacer fuerza también y a tratar de manipular el agujero de la cerradura, al no conseguir nada tampoco, empezó a golpear y a gritar pidiendo ayuda, a lo cual se sumó enseguida Jorgelina. Estuvieron así durante cinco minutos pero el lugar en donde estaba ubicado aquel vestuario hacía imposible que las oyeran. Gradualmente, lo fueron dejando de hacer, dado que no daba resultado. Por momentos se quedaron esperando y caminaban por el vestuario, ansiosas, volvían a intentar gritar por ayuda, por momentos se sentaban en el piso, intentaban buscar una solución alternativa pero ninguna idea lo era. De esa manera pasó media hora. Para entonces, mientras las dos se

paseaban pensativas por el vestuario, Jorgelina rompió el silencio diciendo:

- No lo puedo creer, te juro que no lo puedo creer. Ya se deben haber ido todas y nuestras cosas siguen allá. No sé a dónde se habrán pensado que fuimos.

- ¿Eso es lo que te preocupa, boluda? ¿Qué van a pensar? – Le preguntó Delfina con ira reprimida.

- Bueno, no sé, quería romper el silencio.

- Bueno, tratá de romperlo para algo que no sean boludeces – Le dijo ya sin reprimirla tanto.

- ¿Qué te pasa, boluda? No es culpa mía esto.

- ¿No? ¿Y culpa de quién es?

En ese instante, Delfina miró detalladamente el hueco entre la parte de atrás de los casilleros y la pared. Al notar algo, enfocó allí la mirada.

- Hay una puerta.

- ¿Eh?

- Hay una puerta acá atrás, boluda.

Jorgelina caminó hacia allí viendo también lo mencionado.

- Ayúdame a correr esto.

Entre las dos hicieron fuerza para correr un poco los casilleros hasta que dicha puerta quedó libre. Delfina la abrió, ambas miraron hacia adentro y Jorgelina dijo:

- En un hueco de ventilación. Yo ni en pedo me voy a meter ahí adentro.

- Es la única salida.

- No, no es la única salida.

- Sí, es la única salida, pelotuda – Volvió a levantar la voz, enojada - ¿Te querés quedar a dormir acá?

- Prefiero antes que meterme por ahí – Respondió Jorgelina con el mismo tono – No sabés a dónde carajo sale y qué te podés encontrar en el camino.

- Te das cuenta que no cambias más. Nos metés en quilombos y cuando encuentro una solución no la usás.

- Ya te dije que no fue culpa mía.
 - ¿Y de quién fue? Me traés a este vestuario que no se usa no sé hace cuánto...
 - Te traje porque quería que me ayudaras. Obviamente me equivoqué. Quedate tranquila que no te lo voy a pedir más.
 - Ah, buenísimo, encima te hacés la pobrecita.
 - No, no me hago la pobrecita.
 - Llevamos más de media hora encerradas acá, ya se deben haber ido todos, lo más probable es que tengamos que dormir acá y vos te hacés la pobrecita. Pero yo no soy tan ingenua.
 - ¿Qué querés decir?
 - Que vos cambiaste mucho tu actitud conmigo desde que David dijo que iba a hablar con gente del cuerpo técnico de Las Leonas.
 - Yo no cambié ninguna actitud. Eso lo ves vos.
 - No, no lo veo yo, sabés muy bien que es mucho más factible que pueda llegar yo a estar ahí que vos.
 - ¿Por qué no te vas a cagar, boluda?
- Delfina sonrió.
- Yo no me voy a quedar ni un segundo más con vos acá.
 - No te podés meter por ahí, no sabés qué te podés encontrar.
 - No me importa, lo voy a intentar igual. (Tras decir esto pareció tranquilizarse) No te había contado pero la semana pasada la fui a ver a la vidente... y le pregunté cómo me iba a ir este año con el equipo. Me dijo que muy bien, que voy a lograr mi más alto rendimiento. Pero que para eso iba a tener que tomar ese impulso final de valentía para remediar las distracciones de mis compañeras. (Esto último lo dijo con cierto énfasis) Solamente iba a tener que estar muy atenta. No distraerme ni un segundo porque en cualquier momento podía aparecer algo que me impidiera lograrlo. ¿Y sabés qué?

Hoy me siento atenta a todo lo que pueda aparecer y me siento con ese impulso final de valentía.

Tras decir esto, se metió por el hueco gateando. Al mirar hacia delante, debió hacer un gran esfuerzo con la vista para poder detectar lo que había, parecía tratarse de un largo hueco sin ningún tipo de obstáculos, por lo que siguió avanzando. Lo hizo algunos metros sin dejar de mirar de a ratos hacia atrás aún cuando ya no se veía la luz. Seguía pareciendo no haber obstáculos que pudieran impedirle el paso. Finalmente llegó a un lugar en donde el hueco seguía hacia arriba y había como pequeños agarres para poder subir. No dudó en hacerlo, intentó no mirar hacia abajo aunque de vez en cuando miraba hacia arriba. Acabó llegando a otro hueco horizontal, pero mucho más grande y que le permitió caminar. Todo seguía muy oscuro, pero en determinado momento empezó a ver una luz a lo lejos, al avanzar más pudo ver que era una salida que daba a un sector al aire libre, lo cual la hizo sonreír, mostrando esperanza en sus ojos, y apurar un poco más el paso. Cuando atravesó la salida, ingresó al sector. Allí continuaba el pasillo del mismo ancho, más o menos un metro, y continuaba la pared del lado derecho, solo que ahora no había nada del lado izquierdo, hacia abajo se veía el sector que se debía atravesar para ir al vestuario que usaba el equipo. Aproximadamente estaba a una altura de cuatro metros. Enlenteció un poco el paso de nuevo pero sin dejar de avanzar, y vio que al final había una escalera para bajar. Antes de ésta se terminaba la pared y comenzaba un pasillo hacia la derecha. Continuó caminando un poco más suelta, y cuando se disponía a bajar la escalera, apareció por ese pasillo de la derecha el perro del principio del relato, ladrando intensamente como en aquella oportunidad. Delfina volvió a dar un respingo del susto junto con un fuerte grito, trastabilló y perdió el equilibrio cayéndose por el costado izquierdo. Si bien no era mucha la distancia, cayó boca arriba golpeándose la cabeza, el perro se

asomó al borde y continuó ladrando. Delfina parecía seguir con vida, ya que movía la cabeza de un lado a otro con los ojos abiertos. Dos minutos después, uno de los hombres de la limpieza pasó por la puerta del vestuario viejo, sosteniendo el picaporte de una puerta, y escuchó los gritos de Jorgelina. Inmediatamente la abrió y ella le pidió ayuda contándole todo lo que había sucedido. Ambos fueron hacia el vestuario que usaba el equipo, al no encontrar a nadie continuaron caminando, y al llegar al sector al aire libre, encontraron el cuerpo de Delfina, éste ya no se movía. Los dos se quedaron perplejos. El hombre se le acercó lentamente y le tomó el pulso. Luego, levantó la mirada hacia Jorgelina, y con expresión incrédula, le dijo:

- Está muerta.

Cuando apenas habían pasado unos minutos de las dos de la mañana, una amiga de Sofía llegó a la casa. Golpeó la puerta y esperó. Nadie contestó. La visitante insistió consiguiendo el mismo resultado, lo que le llamó poderosamente la atención. Abrió su cartera, buscó un juego de llaves y, tratando de hacer el menor ruido posible, abrió la puerta ella misma. Ingresó lentamente, la luz del corto pasillo principal estaba encendida. Cerró la puerta y caminó hasta que el mismo terminaba dando en el costado derecho con una amplia arcada, cubierta por una cortina doble, al amplio y sofisticado comedor. Allí, la mujer se detuvo sorprendida. Las luces del comedor también estaban encendidas. No quedaba nadie, solamente se la veía a la dueña de casa aún sentada en el amplio sofá, parecía que estaba durmiendo. La mujer retomó su enlentecido paso, y mientras se acercaba, su expresión de sorpresa fue convirtiéndose en una triste resignación. Se detuvo a un metro de ella donde sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas. Sofía estaba con los ojos abiertos. No tenía ningún tipo de herida. Estaba sentada de

una forma muy galante. Sus zapatos seguían en el piso a un costado de ella, su vestido largo le cubría una pierna, cuyo pie estaba apoyado más cerca del sofá y le dejaba al descubierto la otra, cuyo pie estaba apoyado más adelante. La pequeña mesa junto al brazo del sofá seguía sosteniendo la copa con apenas un poco de vino blanco. Su cabeza estaba apoyada en el alto respaldo, apenas inclinada hacia un costado con todo el pelo suelto de un solo lado, permitiendo ver de esa forma lo único que no se le había visto antes: un collarcito informal, pero no cualquier collar, sino uno que dejaba caer en el centro un pequeño recuadro con dos letras chinas. Y viendo más detenidamente, sobresaliendo al mismo, también podían verse en su cuello dos ligeras marcas de dedos pulgares.

Biografía no autorizada

(O Los combatientes de Malvinas nunca serán héroes)

(Versión alternativa)

La siguiente historia comenzó dentro de un gabinete de masajes. Allí se podía ver a una mujer de poco más de cuarenta años, vestida con un ambo celeste, realizándole un masaje descontracturante a Gonzalo, un joven de veintipico de años, que estaba boca abajo sobre una camilla y con el toallón blanco alrededor de la cintura. Mientras la mujer trabajaba la parte de sus hombros, le dijo:

- Es increíble, hasta el cuello te llegan los nudos, por eso te duele la cabeza.

Gonzalo realizó un sonido de afirmación, no muy claro debido al estado de relajación en el que se encontraba. La mujer continuó diciendo:

- Eso se suele dar en casos de personas que se exigen demasiado a sí mismos.

Segundos después, golpearon la puerta. La masajista exclamó:

- Adelante.

Una mujer de treinta y pico de años abrió la puerta mostrándose. La masajista, al verla, se sorprendió gratamente, y dejando lo que hacía, le dijo:

- Ah, ¿cómo estás?

- Todo bien, disculpame que pase, pero no hay nadie en la sala de espera.

- Ah, sí, fue a hacer un trámite la secretaria porque no hay turnos ahora por un rato.

- Ah, te venía a traer el sobre con la radiografía de mi marido.

La masajista se ubicó a los pies de la camilla, la mujer junto a ella. La primera le dijo:

- ¿Te dieron alguna información?

- En realidad, no. Pensé que iban a comentarme algo pero...

- Ah, OK, yo ahora termino la sesión y le echo un vistazo.

- Dale, te llamo a la noche si estás. Yo ya voy para el colegio a buscar a mi hijo, todavía es temprano pero quiero ir yendo porque está todo el Centro cortado.

- Sí, escuché algo. ¿Hay manifestantes?

- Están los ex combatientes de Malvinas. Están reclamando que se les reconozca no sé qué cosa.

Tras escuchar esto, el joven que estaba en la camilla abrió los ojos cómo si hubiera oído algo que quería oír.

- Uh, espero que no se queden mucho tiempo. Sí, yo a la noche estoy, llamame y te comento bien.

- Dale, hacemos eso.

De esa forma se saludaron y la mujer se retiró. La masajista continuó la sesión donde la había interrumpido, aunque Gonzalo pareció no poder volver a lograr el nivel de relajación que tenía.

En la localidad de San Justo, era muy conocido entre los vecinos “Cero treinta y cuatro”, un negocio de muebles que era manejado por un señor mayor y donde trabajaba de

administrativo un joven de veinticuatro años, ese joven era Gonzalo. Desde hacía algunos meses tenía convenio con una agencia de seguridad, ubicada también en la localidad, con la que nunca había tenido ninguna clase de problema. Gonzalo solía ir cada tanto a un gimnasio por la zona, que también solían frecuentar el dueño de la agencia con algunos de los miembros de su staff. Un día como tanto otros, Gonzalo concurrió a dicho gimnasio donde encontró tanto al dueño de la agencia como a dos miembros del staff en la cafetería. El dueño era Juan José Santos, un hombre de cincuenta años, y los dos miembros eran Luis Pereda y Héctor Astrada, ambos de veintipico de años. El primero era de la parte de seguridad y tenía una contextura robusta y corpulenta. El segundo se dedicaba a la parte de administración. Cuando lo vieron a Gonzalo, lo saludaron y lo invitaron a sentarse en la mesa con ellos. Éste accedió. Se dio una charla amena durante algunos minutos, especialmente entre Gonzalo y Héctor, que se conocían de hacía mucho tiempo y se notaba un vínculo más cercano. Finalmente, Gonzalo se retiró, invitándolo a él a que pasara un día por el negocio, ya que debía decirle algo importante.

Lo que los unía no era una simple afinidad, todo lo contrario, ambos sabían que sus trabajos actuales eran la forma de conseguir la plata para autogestionarse aquello que realmente amaban. Los dos tenían una vocación literaria y ocupaban, desde hacía mucho, gran parte de su tiempo en esa vocación. Trabajaban el género de las crónicas ficticias, aunque Gonzalo era quien más se esforzaba buscando permanentemente ampliar su difusión. Solía hacer pancartas enormes con su cara, algún comentario de autodifusión y el título de la crónica más polémica que contuviera el libro, para ubicarla, junto a una promotora, en la puerta de alguna de las librerías del Centro donde estuvieran a la venta sus libros.

Efectivamente, al otro día, Héctor pasó por el negocio. Ambos trabajaban part – time, pero Gonzalo lo hacía a la mañana y Héctor a la tarde. En su oficina, esto es algo de lo que Gonzalo le dijo:

- Hace días que lo tengo en mente. Es diferente a los anteriores, lo siento, no me preguntes cómo lo sé, simplemente lo siento. Y el otro día, cuando me enteré de la manifestación que estaban haciendo en el Centro, dije: “éste es el momento, es ahora o nunca.”

- ¿Sobre qué sería?

- ¿Cuáles son los temas más tabúes en Argentina?... Bueno, hay muchos en realidad pero ¿cuáles son los verdaderos traumas de la sociedad que pueden generar escándalos?

Héctor parecía prepararse para decirlo pero aguardaba a que Gonzalo contestara él mismo la pregunta, lo que hizo diciendo:

- La última dictadura militar y el holocausto.

- Claro.

- Pero... hay algo que sale de la última dictadura militar que sería un tercer tema.

Héctor volvió a hacer silencio y Gonzalo dijo:

- La guerra de Malvinas.

- Ajá. ¿Y qué título le pondrías? – Preguntó Héctor.

- Los combatientes de Malvinas nunca serán héroes.

Héctor se mostró asombrado.

- La verdad que sí, es un poco fuerte.

- La idea es buscar una de las crónicas del libro que permita agregarle en alguna escena un dialogo sobre esto, y ya está. Después le pongo éste título como título alternativo al que tenía. Lo mando así a la edición nueva, y cuando haga la pancarta para la campaña publicitaria, voy a agregar el comentario: “Incluye la polémica y controvertida crónica: Los combatientes de Malvinas nunca serán héroes”.

- ¿Y vos lo pensás eso?

- Sí, esa es la parte positiva. Los títulos que tenía para los temas de la última dictadura y el holocausto eran escandalosos pero no los creía y no hubiera podido defenderlos, esto sí. O sea, mi posición es que los combatientes son víctimas de un gobierno genocida, de un gobierno que los mandó a morir para satisfacer sus intereses económicos, ahora... no son héroes, ir a la guerra no te convierte en héroe. O sea, desde ese punto de vista, es políticamente correcto. El tema es que va a generar escándalo por lo chocante del título y porque los combatientes quieren ser tratados como héroes y no como víctimas.

- Me parece bien. Si es lo que querés hacer y sentís que va a ser diferente a los anteriores, estoy con vos. Dale para adelante y contá conmigo para lo que necesites.

- Ya lo sabía eso. Me acuerdo que hace un año, cuando hice la primera edición del libro, pasó desapercibido porque justo estaba el Mundial y el país estaba embobado con el foco de atención ahí.

- Sí, me acuerdo. Si los gritos de alegría que pegaste con cada gol que nos hizo Alemania se escucharon hasta mi casa.

- Y sí, imaginate. Además, los jugadores de futbol son otro grupito de mal llamados héroes, y en algunos casos, tristemente llamados Dioses.

- Es cierto eso.

- Lo único que te pido es... ni una palabra de la nueva edición a Juan José.

- No, por supuesto. Él estuvo el otro día en la manifestación.

- ¿Ah, sí?

- Sí, y es como vos decís, quiere que lo consideren héroe, se saca cada vez que lo toman de víctima. Igual nunca quedó muy bien el tipo...

- Y no, obvio. No creo que ningún combatiente haya quedado muy bien.

- No, pero bueno... me alegra que sigas luchando.

- Gracias, voy a decirte algo que nunca te dije. Yo quiero que me conozca la mayor cantidad de gente posible, eso lo sabés.

- Sí, me imagino que por eso hacés las pancartas.

- Exacto, que tanto han molestado a muchos de mis colegas. Pero bueno... entre más se enojan, más lo quiero hacer, porque significa que estoy haciendo las cosas bien. La gente te quiere o te deja de querer según el interés que puedan proyectar en vos.

Héctor asintió con la cabeza.

- Yo quiero que me conozca la mayor cantidad de gente posible, pero no es que quiero que me conozcan sin ningún motivo en particular, quiero que me conozcan como el escritor que soy y quiero que conozcan la obra que escribí. Ahora yo nunca voy a ser un escritor comercial, escribo por vocación, escribo lo que siento, y la mayoría de esas cosas generan bronca hasta en el ser más pacífico, porque digo cosas que la sociedad no quiere escuchar. Y eso lo voy a seguir haciendo porque quiero que todo el mundo me conozca pero no quiero ser reconocido. Si a la gente le gusta o no lo que hago me tiene sin cuidado, solo quiero que lo conozcan. Y al hacer esto, nunca me voy a hacer conocido por el contenido de mi obra o por las presentaciones que hago, el único camino que me queda es el escándalo, como esto, llamar la atención de algún medio importante y que sea noticia. Por lo menos, hasta que consiga la plata suficiente para una gigantografía en el Centro, con una de las compañías poderosas, y ahí la gente va a estar obligada a conocerme.

El fin de semana, Gonzalo fue, como de costumbre, a la casa de su novia, y le contó lo mismo que le había contado a Héctor. Ella también se mostró asombrada. Esto algo de lo que hablaron:

- OK, si creés en eso, está bien, pero para poder defenderlo públicamente vas a tener que indagar un poco más en el tema, vas a tener que interiorizarte.

- Sí, obvio. ¿Y vos no creés en eso?

- La verdad... no. Yo creo que son víctimas pero también héroes.

- ¿Por qué creés que son héroes?

- Porque fueron a luchar para recuperar una tierra que nos habían robado.

- Eso no los convierte en héroes.

- ¿Cuál sería tu definición de héroe?

Gonzalo intentó buscar las palabras correctas y exclamó:

- Alguien que hace algo para salvar a otro.

Ella realizó un gesto que indicaba la similitud de los dos conceptos.

- Pero ir a la guerra no lo convierte en héroe. Esos casos se tienen que resolver con diplomacia, como se está haciendo ahora. Porque entonces los que elegimos no ir a la guerra somos cobardes. Yo te lo comentaba porque no quería generarte ningún problema a vos, en caso de que tengas algún familiar que pueda llegar a tomarlo mal.

- No, no tengo un familiar que lo pueda llegar a tomar mal. Qué sé yo, es simplemente que... usar a los combatientes de Malvinas para sacarle provecho con algo para tener repercusión... no me parece correcto.

Gonzalo intentó buscar qué decir pero no le vinieron las palabras a la boca.

- Prometeme que lo vas a pensar.

Gonzalo tardó en responder, pero finalmente dijo:

- OK.

Durante la semana, Gonzalo se dedicó casi de lleno a agregarle el dialogo pensado a la crónica, a diseñar la pancarta y a enviarla con la nueva edición del libro a la imprenta. Además, habló con la promotora, con la que había realizado campañas anteriores, y la puso al tanto de su

proyecto con el que terminaron llegando a un acuerdo. Esa semana no pasó por el gimnasio.

El fin de semana fue nuevamente a la casa de su novia e intentó evadir el tema cada vez que éste parecía asomarse. Finalmente, el domingo, ella le preguntó:

- ¿Y? ¿Lo vas a hacer eso al final?

Gonzalo respiró hondo.

- Sí, no puedo no hacerlo. Es una oportunidad única. Vos no me entendés. Cuando lo hablé con Héctor, me dijo que le parecía una idea bárbara. Que lo hiciera y que me iba a apoyar, ¿por qué vos no podés? Siempre pasa lo mismo, encuentro el apoyo en otras personas. En vos nunca. No es la primera vez que me alientan en algo que quiero hacer, Héctor u otras personas, y no es la primera vez que vos no. Dejame en paz, no lo quiero hablar con vos, lo quiero hablar con la gente que me entiende.

El lunes de la semana siguiente, Gonzalo retiró de la imprenta los libros nuevos y la pancarta. Luego de eso, arregló con la promotora para que el primer día de la campaña fuera el jueves de esa semana.

Los días posteriores, distribuyó los libros nuevos en las librerías con las que trabajaba siempre y dio notificación por mail y en las redes sociales. Estaba realmente entusiasmado y quería sentir en su barrio la repercusión. Los hechos más trascendentales fueron dos: el primero, fue cruzarse con un vecino del negocio que al pasar por al lado de él le dio vuelta la cara, ignorando su saludo. Esto lo sorprendió generándole algo de bronca al mismo tiempo. El segundo, fue encontrarse con una amiga de su novia que, si bien se detuvo a saludarlo y a hablar alguna formalidad con él, no lo hizo con la efusión que la caracterizaba, lo cual le generó el mismo efecto del primer hecho. La noche siguiente a la publicación, cuando habló por teléfono con su novia como lo hacía diariamente, también notó en ella una fría distancia que jamás había sentido incluso en momentos de peleas.

Prácticamente ella no inició diálogos y contestó los suyos con algún monosílabo, seguido de algún comentario irrelevante. Si bien con el trascurso de los días la charla fue menos fría, él nunca volvió a sentir la cercanía de siempre.

El miércoles, Gonzalo volvió a encontrarse con Juan José, Luis y Héctor en la cafetería del gimnasio. Esta vez, pasó más rápidamente saludando desde lejos. Cuando salió de allí, Héctor se levantó para ir a buscarlo. Fuera de la cafetería lo vio, justo Gonzalo había girado la cabeza como si hubiera esperado que Héctor fuera.

- ¿Y?

- Hablé con la promotora. Mañana se hace el primer día de la campaña.

- ¿Y el libro ya está en las librerías?

- Sí, ya hice todas las notificaciones por mail y en las redes sociales.

- Buena, ¿y sentís que tuvo repercusión?

- Sí, - Dijo sonriendo con bronca – pude notar que algunos ya se enteraron. Después te cuento bien. Nos tenemos que juntar de vuelta, esta vez toca en el laburo tuyo.

- Sí, ¿cuándo te viene bien?

- Cualquier día que no esté Juan José. Tiene que ser un día que él no vaya.

- El viernes.

- ¿Los viernes no va?

- No, es el día que se toma libre siempre. Venite el viernes a la tarde que él no va a estar, y de paso me contás cómo fue el primer día.

- Dale.

Tras esto, Gonzalo continuó su camino al gimnasio y Héctor volvió a la cafetería.

La tarde siguiente, se realizó la campaña publicitaria y Gonzalo veía desde lejos la respuesta que la gente tenía al ver la pancarta. El viernes a la tarde partió hacia la agencia de seguridad. Como era un día tranquilo, había ido vestido más

casual, llevaba una remera de mangas cortas, un pantalón corto y mocasines. Al llegar al edificio, tocó el timbre del noveno A, se escuchó una voz femenina preguntando quién era, Gonzalo contestó y sonó la chicharra. Ya en el piso en cuestión, Gonzalo golpeó la puerta y la recepcionista le abrió. Se saludaron y él le preguntó:

- ¿Héctor?

- Tuvo que salir a hacer un trámite. No tardará mucho más, si querés pasar a su oficina y esperarlo no hay problema.

- Bueno, gracias.

Continuó su camino hasta la oficina en cuestión, que tenía la puerta abierta. Ingresó, la cerró, y como hacía siempre, se puso a contemplar el panorama que daba el ventanal enorme en la pared ubicada a la izquierda del escritorio. Paso siguiente, se sentó en el sillón donde pareció relajarse. Tiró la cabeza hacia atrás y se sacó los zapatos. Su cara dejaba ver distintas expresiones casi al mismo tiempo. Por un lado, una gran satisfacción por la publicación hecha y por la esperanza que tenía con la nueva campaña; y por el otro, podía verse cierta bronca por el efecto que había generado y por las reacciones que muchos habían tenido para con él, pero intentó dejarlo atrás, cosa que eventualmente logró. En el momento de más relajación fue cuando se escuchó un ruido seco que con un fuerte susto lo trajo de nuevo a la realidad. La puerta se había abierto de golpe y en ella se lo veía a Juan José enfurecido. Instantáneamente, Gonzalo se paró, casi en estado de pánico, atinando a decir:

- No, lo vine a ver a Héctor.

Juan José avanzó hacia él, y al ver que Gonzalo quería salir corriendo, lo tomó del brazo. Con el brazo libre Gonzalo le propinó un golpe de puño en el rostro, que no solo no lo afectó como esperaba sino que lo hizo enfurecer aún más, él notó esto y volvió a querer correr intentando

zafar su brazo, fue ahí en que Héctor, en el estado de mayor ceguera emocional, lo agarró con el otro brazo por atrás de la remera y lo llevó hacia el ventanal. Gonzalo intentaba resistirse moviéndose desesperadamente a los gritos. Intentaba sacar fuerzas de donde no las tenía. Si bien lograba lentecer un poco a Juan José no conseguía detenerlo. Juan José ignoraba sus gritos de súplica y desesperación. Cuando llegaron al mismo, le soltó el brazo, y con esa misma mano lo agarró entre las piernas levantádoselas, dejándolo en el aire boca abajo, y con un fuerte impulso lo arrojó desde allí. Gonzalo cayó al vacío a los gritos y se estrelló boca abajo sobre la vereda donde murió instantáneamente. De inmediato se desató el pánico entre los transeúntes, se escuchaban gritos de horror, se veía gente paralizada, gente que miraba hacia las ventanas del edificio y gente que se acercaba al cuerpo.

Meses después, a pesar de los intensos pedidos de su abogado de que debía ser internado en un psiquiátrico, se supo que Juan José terminó yendo a la cárcel, ya que la fiscalía alegó que entendía perfectamente lo que había hecho. La agencia de seguridad fue cerrada. Pero para ese entonces, Héctor parecía haberse afianzado como escritor gracias a una crónica que escribió y que hizo que una editorial poderosa le publicara su libro. Esa crónica se llamó “Los combatientes de Malvinas nunca serán héroes”, y lo que la diferenció del resto del libro fue que se trató de la única crónica no ficticia.

Crónica posmodernista

(o Un conflicto más a causa de los perros)

Su semblante se empezó a tornar rojizo y su mirada pareció perderse como si ingresara en un intenso y eterno conflicto dentro de su mente. Parecía que no podía terminar de llegar a un puerto, o a rendirse y golpear el escritorio con el puño o seguir intentando creerse que el problema no era tan grave y que no lo afectaba en una medida preocupante. Era como si necesitara tan solo unos segundos de silencio pero los dos perros de la casa de enfrente no daban tregua con los ladridos. Sin cambiar el semblante y casi sin poder pestañar, continuó escribiendo. Su postura se notaba mucho más tensa que antes. Parecía querer leer lo que había escrito, pero en cada oración bajaba la cabeza a modo de buscar la concentración fuera como fuera. Finalmente, llegó a un puerto y golpeó el puño contra el escritorio. Se apoyó en el respaldo y se pasó las manos por el rostro. No era una situación fácil para Mateo. Éste era un joven de veinticinco años que vivía en una zona tranquila de la localidad de Avellaneda, y que debía terminar de escribir la crónica de un caso policial que le había pedido un diario importante al cual aspiraba ingresar a trabajar. Sabía que no era una crónica más y que podía marcar el rumbo de su vida. En determinado

momento, los dos perros parecieron callarse. Mateo abrió más sus ojos, como esperando, y al encontrar esos segundos de silencio, retomó la escritura. Comenzaba un segundo periodo que iba a ser interrumpido cuando los perros volvieron a ladrar. Volvió a intentar escribir sin cambiar su semblante y sin pestañar, pero seguía sin lograr la concentración por más de una oración. Se levantó y se asomó al ventanal que daba a las casas de enfrente, como si ya le fuera rutina. La casa de enfrente tenía un pequeño patio adelante terminado por una reja y dos ovejeros alemanes medianos allí, que le ladraban a cada persona que pasaba. Ya estaba, ya había perdido la conexión con su trabajo. Se sentó en el sofá intentando relajar sus hombros, el ladrido de los perros iba y venía. Sentado allí pareció relajarse primero, pero luego pareció alterarse aún más regresando aquel semblante. Se paró, caminó de un lado para otro intentando tranquilizarse, y cuando logró hacerlo en cierta medida, tomó la llave, abrió la puerta y salió. Cruzó la calle y se acercó a la casa en cuestión. Antes de poder llegar, los perros ya estaban ladrándole violentamente. Sin embargo, se acercó a la puerta de la reja y tocó el timbre. La entrada no llegaba a verse desde donde estaba. Se ubicaba al costado de la casa a la que debía llegarse por un pasillo. Efectivamente por el mismo, apareció una mujer de treinta y cuatro años de nombre Mara. Enseguida calmó a los perros y les ordenó que salieran de la reja. Ella se acercó a Mateo, y con expresión amable le preguntó:

- ¿Sí?

- Qué tal, yo soy Mateo, soy el vecino de acá enfrente –
Respondió señalando su casa, también mostrando amabilidad.

- Ah, qué tal, esperame un segundo.

La mujer intentó nuevamente calmar a los perros, y para entonces, les ordenó que fueran para la casa. Los perros obedecieron y ella abrió la puerta.

- Sí, qué tal.

- Todo bien. Pasaba porque quería hacerte una consulta.

Hace unos días que estoy terminando un artículo que tengo que entregar el viernes al diario donde trabajo, y te quería preguntar si no podías llevar a los perros adentro porque los ladridos no me permiten escribir. Son constantes y no puedo terminar de concentrarme para terminar el artículo.

Mientras decía esto, la mujer fue cambiando su expresión de amabilidad por una de cierto rechazo, y cuando Mateo acabó de hablar, ella, conservando el tono amable pero al mismo tiempo con una gran firmeza, le contestó:

- No, no, no. No. Disculpame pero no.

- Es que se hacen constantes y realmente traté de ignorarlos pero se me hace imposible.

- Y sí bueno... pero yo no los puedo encerrar.

- ¿Aunque sea no podría ser hasta el viernes?

- No, cómo los voy a encerrar hasta el viernes. No, no puedo.

- No, pero no todo el día, pero si por ahí arreglamos que a tal hora estén adentro y yo aprovechó a escribir...

- Y no, no porque yo a la tarde trabajo y los tengo que dejar acá afuera, ahora hace media hora que volví. Los perros tienen que estar afuera.

Se produjo un silencio de unos segundos. Mateo pensaba por qué otro lado podía encarar la conversación. Pero ella se le adelantó diciendo:

- La verdad que no te puedo ayudar. Yo trabajo desde antes del mediodía y vuelvo más o menos a esta hora. Y a los perros no los voy a dejar adentro, yo... soy animalista y no voy a hacer cosas que no les hagan bien.

Se produjo otro silencio de unos segundos. Esta vez Mateo atinó a decir:

- Es qué le ladran a cada persona que pasa.

- Y sí, son perros, los perros ladran.

- Sí, pero... qué sé yo...

- No sé qué más decirte.
- No, está bien. Bueno, gracias igual.
- No, está bien.

De esa forma, Mateo volvió para su casa mientras que Mara cerró la puerta y volvió a ingresar a la suya.

La mañana siguiente, Mara recibió la visita de una vecina y amiga, una mujer más o menos de su edad, que salía a trabajar a la misma hora de ella y que una vez por semana pasaba por allí antes de irse. Los perros le hicieron fiesta, ya que la reconocían, Mara salió y la hizo pasar. Se pusieron al tanto de distintas cosas. En un momento ella fue a buscar los zapatos al dormitorio y regresó con ellos en la mano diciendo:

- No sabés lo que pasó ayer cuando volví.
- ¿Qué?
- Me vino a tocar el timbre el flaco que vive acá enfrente.
- Sí.

- Me dice que tiene que terminar no sé qué cosa para el diario que trabaja y que si no puedo meter a los perros adentro porque los ladridos no lo dejan concentrarse.

- ¿En serio? Pará, ¿qué flaco? ¿El que vive justo acá enfrente? ¿Mateo?

- Ese. Mateo. Le dije que no. Que me disculpara pero que yo trabajaba toda la tarde y que no iba a dejar ni loca los perros adentro. Me dice que le ladran a cada persona que pasa. Y sí, boludo, son perros. Aparte, no entiendo como el ladrido de un perro te puede joder tanto, la verdad que no lo entiendo.

- ¿Pero vos no sabés cómo viene la mano con ese flaco?
- No, es la primera vez que cruzo palabra con él.

- Ese flaco, antes que vos vinieras, se había ido a vivir a Capital con la novia. Estuvo unos meses y se volvió. El rumor que se corrió dice que se pelearon porque adoptaron un perro y él no podía dormir por los ladridos que pegaba a

la noche, que lo despertaban a cada rato. Porque encima era un departamento de un ambiente.

- Me estás jodiendo – Exclamó Mara sin poder evitar que le causara gracia.

- No, y dice que la novia, cuando tuvo que elegir entre el perro y él, lo terminó dejando a él.

Aquí Mara se echó a reír mientras decía:

- No, me estás jodiendo. Con razón.

- El tipo ve un perro y le da urticaria.

- No la sabía esa.

Esa misma tarde, Mateo volvió a intentar continuar con la escritura de la crónica. Al poco tiempo, los perros empezaron a ladrar nuevamente. No mostró ninguna expresión de molestia, pero los síntomas del día anterior volvían a invadirlo. Esto lo hacía parar de vez en cuando, pero luego de unos minutos volvía resignado a la crónica escribiendo con todos esos síntomas dentro de él. Estuvo más o menos el mismo tiempo del día anterior y eventualmente logró llegar al final. La jornada siguiente, la previa a la entrega, hizo una especie de revisión no tan exhaustiva. Cuando llegó el viernes, se presentó en el diario y le entregó la crónica al jefe de redacción. El martes de la semana siguiente, debió volver para la entrevista donde se le haría la devolución. Allí el jefe de redacción le dijo que la crónica no se parecía a las vistas en los diarios pequeños donde había trabajado, sentía que su nivel en comparación a aquellos trabajos había bajado. Que con dicho nivel no iba a poder ser tomado, pero que con motivo de aquellos viejos trabajos, se le iba a dar una nueva oportunidad. Debía entregar el martes siguiente una nueva crónica y esa ya sería la definitiva. Mateo se lo agradeció y volvió a su casa pensando desesperadamente una solución a su problema. La tarde siguiente, se lo vio sentado en el sofá, descalzo y con las piernas en posición de yoga, pareciendo pensar algo intensamente. Minutos después, como tratando de creer que

nada había ocurrido, se sentó nuevamente en la computadora y comenzó el trabajo. Al poco tiempo, los perros volvieron a empezar a ladrar. Volvió a hacer un intento de seguir escribiendo a pesar de que los síntomas lo habían vuelto a invadir, pero no podía seguir haciendo de cuenta que nada había pasado. La crónica escrita de esa manera había sido rechazada. Se detuvo y se volvió a sentar en el sofá intentando relajarse, lo cual como siempre era imposible, y después de estar sumergido un tiempo en ese conflicto mental, también era imposible para él no acabar en un nuevo estado de ira. Se paró frente a la ventana y miró a los perros con odio y con impotencia. Esos momentos lo hacían perder la noción del tiempo. Para entonces, vio a Mara caminar por el pasillo de la casa, ésta se acercó a la reja, la abrió y salió dejando que los perros salieran un rato sueltos mientras ella se quedaba allí viéndolos. Esto le dio a Mateo el impulso para realizar algo. Agarró sus zapatillas, se las puso y bajó. Salió de su casa y se fue caminando para la esquina. Allí cruzó y caminó en sentido opuesto por la vereda de enfrente. Pocos segundos después de pasar por una casa ubicada cerca de la esquina, salió de ésta la amiga de Mara que, sin reparar en él, empezó a caminar en el mismo sentido. Mateo pasó por la casa de Mara sin mirarla, y para cuando ya la había dejado atrás, pasó por donde estaban los perros, que enseguida se le acercaron a ladrarle. Mara los llamó sin mucha autoridad para que volvieran con ella, pero estos no parecían obedecer. Ante esto, Mateo se detuvo y se dio vuelta mirando hacia ella con expresión de odio. Mara, sin inmutarse y con una ligera sonrisa, volvió a llamarlos. Para entonces, la amiga llegó al lugar y los perros dejaron de ladrarle a Mateo para ir a saludarla. Sin embargo, Mateo no se movía de su posición, por lo que Mara y su amiga le mantuvieron la mirada. Al ver que los perros no iban a volver a ladrarle, Mateo volvió a mirar hacia delante y continuó su camino. Mara y su amiga se miraron con una

sonrisa. Mateo dio vuelta a la esquina, y en estado de gran furia, se quedó esperando allí. De a ratos asomaba la cabeza para ver si seguían hablando, y al ver que sí, continuaba esperando. De esa forma estuvo aproximadamente unos diez minutos. Cuando tras un nuevo intento, vio que ya no había nadie, volvió a cruzar y se dirigió a su casa.

La tarde siguiente, atravesando la misma situación sentado en el sofá y ya en un estado de trance, vio dentro de unos de los módulos de su living, que tenía la puerta abierta, aquel pequeño recipiente que había comprado unos meses atrás, un repelente de perros para rociar en la puerta de su casa, ya que por la zona donde él vivía solía andar algún que otro perro callejero que continuaban merodeando por la zona debido a que algunos vecinos de su cuadra le dejaban comida en la calle y la base de un recipiente con agua, y de vez en cuando, solía encontrar la puerta de su casa con una mancha líquida en la parte de abajo que chorreaba hasta el piso. En el estado en el que había entrado, se quedó viendo el recipiente un largo rato. Esa noche no comió y se quedó despierto. Aproximadamente a las once de la noche, se lo vio salir de su casa sosteniendo dos pequeños platos, uno de ellos contenía líquido y el otro, algunos bocaditos de carne. La zona parecía estar desierta. Cruzó la calle lentamente. Los perros ya no estaban en la reja, pero al llegar se quedó allí esperando y viendo para ambos lados sin poder evitar su gran nerviosismo. Al final del pasillo que está en el costado de la casa se veía la puerta entornada. Mateo se quedó viendo de manera muy sigilosa si alguien pasaba por ese pequeño espacio que llegaba a verse del interior de la casa. Algunos minutos después se vio pasar a uno de los perros, éste se detuvo pareciendo mirar hacia fuera, y al ver a Mateo, pasó por el hueco y fue corriendo a la reja ladrando violentamente. Mateo aprovechó y se corrió para el costado donde ya no podía ser visto desde la casa, intentó calmar al perro haciéndole una caricia en la cabeza a través de la reja, y

si bien no lo consiguió, la intensidad de los ladridos llegó a disminuir un poco. En ese instante, Mateo pasó por la reja el plato con los trozos de carne. El perro dejó de ladrar y empezó a comer. Luego, con mucho cuidado, pasó el plato con el líquido, el perro dejó de comer, olió el otro plato y continuó comiendo del otro. Mientras lo hacía, Mateo le seguía acariciando la cabeza. Inesperadamente ingresó al patio Mara diciendo:

- Vamos, entrá que ya está la comida.

Al instante de decirlo, vio la situación que se estaba desarrollando, y en un estado de sorpresa y furia, le preguntó:

- ¿Qué estás haciendo?

- No, nada, era algo para él – Atinó a decir Mateo casi tartamudeando.

Sin dejar pasar segundo, Mara corrió hacia el perro, le sacó los platos y le ordenó a los gritos que fuera para adentro. El perro obedeció. Luego de eso, abrió la puerta de la reja y le dijo furiosa:

- Sos un asesino, hijo de mil puta. Sos un asesino de mierda, te voy a hacer la denuncia.

- Si yo le traje comida nada más.

- ¿Qué es lo que querés? ¿Que meta a los perros cuando yo no estoy? No lo voy a hacer, eso no va a pasar, olvidate. ¿Me entendiste? Olvidate.

Tras ese comentario, Mateo cambió su expresión de nerviosismo por una de coraje.

- Entonces los vas a tener que cuidar mucho.

- No va a hacer falta, ¿ves ese lente que se ve ahí? – Le preguntó señalando hacia un rincón superior de la casa por debajo de las tejas – Eso es una cámara, boludo, está todo filmado y mañana mismo llevó los videos a la comisaría para que te vengan a meter en cana.

Mateo, ante este comentario, entró de lleno en un ataque de furia y le agarró el cuello con toda su fuerza. Mara intentó

defenderse yendo hacia atrás. Ambos entraron al patio. Ella logró desacomodarle las manos, y ante esto, él le dio un fuerte empujón que la hizo caer al suelo. Sin dejar pasar segundo, se arrodilló frente a ella, le volvió a poner una mano en el cuello, puso el otro brazo en forma de escuadra y con puño cerrado a modo de tomar fuerza, y mientras lo hacía, exclamó desenchajado:

- Hija de mil puta. Te voy a matar.

En ese preciso momento, el perro volvió a entrar corriendo al patio y ladrando violentamente directo hacia Mateo. Éste dio un grito de terror y el perro se le tiró encima dejándolo en el suelo donde continuó atacándolo. Mateo se resistió todo lo que pudo hasta que el perro le mordió el cuello y ahí poco a poco dejó de moverse. Acto seguido, varios vecinos, entre ellos la amiga de Mara, empezaron a acercarse al lugar, el cual se conmocionó al instante. Mateo había fallecido. Atendieron a Mara, que les contó toda la historia, y le llamaron una ambulancia para que pudiera ser atendida. Además, organizaron llamar a la policía para poder mostrarle todo lo que la cámara había tomado.

Para cuando los oficiales llegaron, la situación se mantenía bastante similar. Mara respondía las preguntas de sus vecinos, exhibiendo orgullosamente a su defensor, mientras que el perro seguía firme y altanero, con el cuerpo boca abajo de Mateo delante de él, exhibiendo orgullosamente a su presa.

Sumario

Centro cultural nazi	9
El mensaje del retrato en la casa de Jazmín (versión alternativa)	23
Grand finale (versión alternativa)	31
Inanedrama (versión alternativa)	45
Muerte a los fans de los redonditos de ricota	57
La mufa	67
Biografía no autorizada (o Los combatientes de Malvinas nunca serán héroes) (versión alternativa)	81
Crónica posmodernista (o Un conflicto más a causa de los perros)	93

Para más información:

www.maximilianoorioli.wordpress.com

www.maximilianoorioli.wix.com/sade

Este libro, en formato electrónico, se terminó de hacer en
febrero de 2022, en Buenos Aires, Argentina

Maximiliano Orioli

(15 de septiembre de 1982, Buenos Aires)

Escritor y dramaturgo. Para muchos, el más anormal de su generación. Es el autor de numerosos relatos, cuentos, crónicas y guiones para cine.

En los últimos años se publicaron las recopilaciones de sus trabajos:

Restos de dictadura (guiones para cine), Inanedrama (relatos y cuentos), Defiendan la ley de la dictadura como sea (y otros relatos) (relatos y cuentos), El día que la vida me ponga de rodillas (guiones para cine), La lista negra de San La Muerte (novela compuesta por crónicas, antes conocida como Escándalo nacional) y Los participantes. Un reality show no televisado (y otras historias) (obras más contemporáneas, en todos los formatos)

Este nuevo libro continúa con sus obras más contemporáneas, en todos los formatos.

